



LECTURAS PARA JÓVENES

Cuentos y leyendas

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

LECTURAS PARA JÓVENES



Cuentos y leyendas

LECTURAS PARA JÓVENES



Cuentos y leyendas



LECTURAS PARA JÓVENES

Cuentos y leyendas

ISBN:

© José Zuleta Ortiz

Clara Luz Roldán

Gobernación del Valle del Cauca

Leira Giselle Ramírez Godoy

Secretaría de Cultura

República de Colombia

Diseño y Diagramación

Héctor Santamaría García

Imagen Carátula

Silviarita - Pixabay

Primera edición, Octubre de 2021

Prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin autorización de los editores
y de los propietarios del *copyright*



CONTENIDO

SOBRE ESTA COLECCIÓN	9
Una carta que cuenta lo que no cuenta	13
Mito y canción: Solos silbando por la selva	23
Leyenda sobre un reloj	33
Sobre una leyenda	41
Sobre lo real y lo irreal	49
Recreación de un cuento antiguo	57
Variación sobre <i>Que pase el aserrador</i>	69
Sobre la maternidad	79
Una pugna: hazme un gitano	85
El arrendajo: un ave que habla.	93
Fábula sobre guerra	101
El valor del aroma	105

SOBRE ESTA COLECCIÓN

Dando continuidad al Fondo editorial de la Gobernación del Valle, presentamos a la comunidad vallecaucana, cinco libros que siguen las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad del Departamento y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda dicha política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

Estos nuevos libros son: Antología del cuento Vallecaucano, un exhaustivo trabajo realizado por los escritores Guillermo Bustamante Zamudio, Henry Ficher y Harold Kremer. También presentamos el libro Antología del cuento corto afrocolombiano realizada por Guillermo Bustamante y Harold Kremer. A estos dos libros se suman los libros: Antología sobre el agua y los árboles. Una antología de poesía y prosa alrededor de este tema, que tiene la intención de construir conciencia, desde el arte, para el cuidado del agua y de los bosques. Presentamos también un libro para promoción de lectura dirigida a jóvenes y niños que ofrece varios formatos y géneros para que desde las familias, las aulas y las bibliotecas

se promueva la lectura. Finalmente Incluímos una muestra fotográfica, que es un reconocimiento al invaluable y largo trabajo del fotógrafo vallecaucano Chalo Rojas.

Es para mí muy satisfactorio que desde la política editorial de este fondo estemos dando prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural de nuestra región.

Clara Luz Roldán
Gobernadora del Valle del Cauca

UNA CARTA QUE CUENTA LO QUE NO CUENTA



Para Margarita González

El 1º de julio de 1849, en el periódico El Siglo N^o 14, apareció el siguiente titular: “La manumisión de 44 esclavos”. En el interior de la publicación se transcribe la carta que Lino de Pombo tendió a su esclava María Francisca, en la que le otorga la libertad.

Años atrás la había comprado, en la por entonces fría y blanquísima, Popayán. Una mañana concurrió a la venta de esclavos que tenía lugar abajo del puente. Buscaba que fueran sanos y aclimatados al frío para llevarlos a Bogotá. Quería una familia joven con uno o dos hijos para que ayudaran en la casa de hacienda en la Sabana. Ese día caminó por las calles empedradas y disfrutó de la luz intensa que impregnaba el aire. “Es la cal reciente de las tapias”, pensó. Pasó por la catedral rumbo al mercado. Quería comprar queso, tamales y un ají de maní. Caminó al borde de un estanque y la vio. Tendría catorce años, estaba jugando con su hermano a lanzar pequeños guijarros en forma de disco a la otra ori-

lla. Los discos de piedra salían de sus ágiles manos girando, rozaban la superficie y volvían a elevarse, daban dos o tres saltos sobre la piel del agua y alcanzaban la otra orilla. Lino de Pombo se quedó mirando las ondas ampliándose hasta que se convirtieron en grandes anillos sucesivos sobre la paz del estanque. Ella estaba vestida con un traje de raso y unas abarcas de tela cruda atadas con cordones de cuero. Tenía el cuello alto y una elegancia clara y feliz. Era negra, de un tono suave como de nutria y cuando la vio reír le pareció que todo el marfil del África relumbraba en su boca. Por un instante sus ojos se cruzaron y rieron como ríen los ojos: en una travesura veloz, íntima y clandestina.

Quesos no había, compró tamales y ají. Los llevó a la posada y fue a buscar al comisionista.

—Tengo un lote que viene del Patía y otros que están aquí porque su amo, el señor Blas María Buchelli, se va para Quito y allá no los necesita. Hay varias familias, hombres solos y mujeres solas. Usted podrá escoger.

Don Casimiro —el comisionista— estaba mirando con la frialdad del que conoce su negocio a los esclavos que venían del río Patía. Eran unos veinticinco. Los reunió en una esquina de la placita que está abajo el puente de piedra. Don Lino se quedó mirando desde arriba. Don Casimiro se movía con pasos de ave zancuda, y tenía en sus modos una rudeza carcelaria. Luego de tomar el inventario de los esclavos se fue hacia el monasterio. Al rato regresó con una familia de cuatro individuos. Un hombre alto de unos treinta y cinco años, una mujer de unos treinta, y los muchachos que Lino vio jugando con guijarros en el estanque. También había dos parejas con niños de brazos. María Francisca venía por el centro de la calle; dos zarcillos de oro pendían de sus lóbulos. Tomaba de la mano a su hermano menor y su serenidad y placer de vivir la hacían notable entre todos los que venían a la venta.

Llegaron a caballo unos señores muy principales. Bajaron para mirar los esclavos, vieron a María Francisca y llamaron a Casimiro. El comisionista la apartó del grupo. Ella comenzó a sollozar y sus padres y su hermano también, pero no hacían ni decían nada. Sólo lágrimas y suspiros, ni una palabra. Don Lino de Pombo bajó a la placita y fue directo a hablar con Casimiro.

—¿Cuánto vale la esclava que está allá? —y señaló a María Francisca.

—Ya está separada.

—¿Cuánto vale?

—Está separada por doscientos pesos.

—Le doy doscientos treinta y además le compro a toda su familia. Ofrezco doscientos treinta por cada uno de ellos. Don Casimiro miró a los compradores que la tenían separada y fue a hablar con ellos. María Francisca miró a don Lino y sintió un aire benéfico, una íntima felicidad. Lino sintió paz al mirar su alegría. Don Casimiro explicaba que era un lote y que no se vendía sino la familia completa, que se avergonzaba del olvido y pedía ser dispensado por su omisión. Los hombres principales se llevaron de mala gana a dos muchachas del grupo del Patía. Pagaron cien por cada una y se marcharon.

El viaje a Bogotá fue agradable: diecisiete días de balsas y carretas, de lluvias y soles, de quebradas cristalinas acompañados siempre por el vigoroso olor del sudor de los caballos.

Doña Magdalena de Pombo era una mujer bella y romántica, algo triste. Blanca, de ojos grandes, y muy correcta al hablar. Tenía afición por el arte, talento para la música, tocaba el piano y cantaba. Le gustaba leer y sabía algo de francés.

Al comienzo doña Magdalena le tomó cariño a María Francisca y para no confundirla con María, su hija, la llamaba Francisca. Le enseñó las cosas de la casa; a manejar la len-

cería, a poner la mesa y a cocinar. A Rómulo, el hermano de Francisca, le enseñó jardinería y a mantener agua limpia en los aguamaniles y en el filtro de piedra, a encender la chimenea y alimentar las aves de corral. Ana, la madre de Francisca, se encargó de lavar la ropa, de aplancharla y de mantener la cocina reluciente, y el padre, de manejar el ganado, del ordeño y del cuidado de los caballos.

Pasaron tres años. Francisca había crecido lo que iba a crecer y su cuerpo y vivacidad estaban en una especie de eclosión, en una firme y turgente exuberancia. Por esa época doña Magdalena fue a Bogotá a pasar una semana con su madre que había enfermado. Francisca y Ana quedaron a cargo de la casa y de la alimentación de la familia. La primera noche mientras Francisca preparaba la cena, don Lino entró a la cocina y le dijo a Ana que deseaba cenar allí en el mesón de madera donde comía la servidumbre. La luz de las hornillas y la de los candeleros producían un ambiente grato y cálido a la estancia. Francisca tenía un pañuelo azul cubriendo su cabeza y las facciones de su rostro oscilaban con la combustión del fuego. De los calderos ascendían olores a romero, las postas se doraban en la mantequilla e impregnaban con su aroma la luz misma. Don Lino sintió un placer inmenso de estar en esa cocina y no en el frío y pomposo comedor. El padre de Francisca se sorprendió al ver a su amo en la mesa comiendo con su mujer y sus hijos. La cena era una delicia y el ambiente hacía que una extraña comunión primitiva les permitiera disfrutar, olvidados de quienes eran, charlando y riendo de las cosas de la hacienda.

Los días siguientes, desde las seis de la tarde, don Lino se servía un brandy y caminaba por el corredor frente a las ventanas de la cocina. Miraba a Francisca ir y venir envuelta en las luces del fuego que atizaba, y cuando soplaban los leños salían chispas incandescentes que por unos instantes forma-

ban una lluvia de estrellas cruzando sobre la morena faz de Francisca.

La suegra de don Lino seguía muy enferma y doña Magdalena no regresaba. Una mañana Lino fue a revisar la construcción de un vallado de piedra, y pasó por el estanque. Francisca y su madre estaban lavando ropas de cama metidas entre las aguas. El cuerpo de Francisca se revelaba nítido bajo el vestido mojado. La visión de esa anchura de caderas, de esa risa inaudible y de esa alegría ajena lo dejó trastornado. Fue la primera vez que pensó: “¿Qué sería de Dios sin el pecado?”.

En la noche, mientras Francisca preparaba la cena, Lino la miró y le dijo:

—Cuando te veo comprendo por qué la luz viene de la oscuridad.

La fiesta de la risa se apoderó de Francisca y lo blanco de sus ojos y de su risa emergió de la penumbra para confirmar, como una ecuación, lo que él acababa de decir.

Esa noche Lino soñó que estaba en la casa de su padre y que hablaban de la luz y la oscuridad. El padre le decía: “la música no es sin el silencio”. Despertó sobresaltado por esa verdad y sintió que su esposa estaba muy lejos, muy lejos ya de su alma. Entonces, se dijo: “¿Qué sería del recuerdo sin el olvido?”.

Por la tarde, mientras Francisca preparaba la cena (codillos de lechón y un calderillo de maíz tierno), Lino dejó escapar de sus labios, como pronunciando un pensamiento: “¿qué sería de mis ojos sin tus ojos?”.

Francisca, muy alta y serena en medio de sus magníficas hechuras, guardó silencio, y luego de retirar del fuego una palangana, murmuró para sí:

—Decir no es la única forma que tenemos algunos de ser libres.

Volvió a guardar silencio como buscando más palabras para seguir.

—Si no soy libre jamás podré decir sí de verdad.

Había dignidad y una seguridad clara en su tono y sus palabras. Lino se quedó mirando la noche, buscando algo de luz para sus pensamientos.

La señora Magdalena regresó y don Lino no volvió a verse por la cocina.

Los encuentros con Francisca se redujeron a fugaces miradas, embargadas por una extraña felicidad clandestina.

Doña Magdalena supo que su esposo ya no la amaba y lo aceptó con tranquilidad. No volvió a cantar pero tocaba el piano y leía con interés poetas franceses.

Dos años más tarde cuando su madre murió estuvo fuera de la casa durante tres meses. Viajó al Caribe en un barco italiano. Durante una parada en La Habana, una noche de música a bordo, tuvo un amante del que después no recordaría ni su nombre. Sólo su gran tamaño.

Lino volvió a comer en la cocina, en una fiesta de fragancias, luces, vértigos y ráfagas de dicha y apetito. Una tarde antes de que Francisca comenzara a encender el fuego. Lino la llamó a su despacho. Ella, un poco asustada, se sentó al frente del escritorio para saber lo que tenía que decirle. Él tomó un documento manuscrito sobre pergamino y leyó:

“El que suscribe, Lino de Pombo, ciudadano de la Nueva Granada en ejercicio de sus derechos, vecino y domiciliado en esta ciudad de Bogotá, declara y hace constar solemnemente por el presente documento que como recompensa debida a la intachable honradez y leales servicios de su esclava María Francisca, habida por compra hecha en Popayán al Sr. Blas María Buchelli en cantidad de doscientos treinta pesos: otorga espontánea y gratuitamente la libertad a la mencionada, su esclava María Francisca, de raza africana, de

veinticinco años de edad. Destacando todo género de dicha en el pleno y pacífico goce de la libertad que es el más dulce y precioso de los bienes terrenos, asegurándole por el resto de su vida su protección, amistad y buenos oficios”.

Al concluir la lectura se quedó mirándola, ella escondió su alegría. “Sólo le digo que tengo veintitrés, no veinticinco.” Y luego agregó: “seré libre cuando pueda leer las palabras de mi libertad.”

Cuando doña Magdalena regresó, Francisca le pidió que le enseñara a leer. Francisca a cambio le hacía masajes. Don Lino esperaba. Ana, la madre de Francisca, dijo que la señora ya no era la misma, que después del viaje se le había espantado la tristeza. Durante los masajes Magdalena le explicó a Francisca que no había peor esclavitud que la del amor. Francisca dijo que ella creía que había que ser libre para poder amar y que si con el amor se perdía la libertad para qué amor. Terminaron comiendo todos en la cocina y volvieron a cantar.

Una tarde don Lino miraba el reflejo del cielo en el estanque, parecían fuego las nubes encendidas por el último sol. De pronto, el espejo sereno que reflejaba el cielo se rompió, don Lino levantó los ojos y vio a su hija María y a Rómulo, el hermano de Francisca, jugando a tirar guijarros contra la piel del agua, para hacerlos llegar a la otra orilla. Y volvió a pensar: “¿qué sería de Dios sin el pecado?”.

MITO Y CANCIÓN: SOLOS SILBANDO POR LA SELVA

Lo que dijo el viejo chamán sobre sus mayores.



Hijo, me preguntas cómo era esta tierra cuando estábamos solos. Voy a contártelo, me lo contó a mí, mi padre, y a él mi abuelo. Como una canción que viaja en nuestras bocas para decir lo que éramos.

Hace tantas vueltas del sol que puede ser más fácil contar las gotas de la lluvia, vivíamos aquí pero nada era igual. Este gran territorio era diferente. Y más que nada, la vida de quienes vivíamos en él era distinta. Digo vivíamos pues somos una familia.

Sabíamos oír cómo canta el viento entre follajes, saber cómo zarpa la luz de las montañas

Recordar dónde se siembra el agua, aprendíamos la canción de los pájaros. Mirábamos la risa de los peces. Vivíamos allí, donde sin haber nada estaba todo. Un viaje a pie por los siglos y la nieve nos condujo al ají, el oro, la sangre del sol, era un juguete amarillo, duradero, dormíamos bajo la mirada titilante de los dioses. La selva suave revelaba sus secretos, dócil tempestad de vida y de muerte, la cálida tierra lo gober-

naba todo, nos libró de los atuendos, desnudos festejamos las hojas. Aprendimos música en las piedras, en el corazón asustado de los niños, en la forma de los árboles, el viento.

No teníamos, sólo nos teníamos. Había salud en los esteros, catangas donde veloces joyas eran ofrendas para el apetito. Ríos bajando, bajando, lagos repitiendo el paisaje, había plumas, fibras y cortezas. Y maderas más finas que la vida, más duras que la espada, más ingenuas que el hombre, más útiles plantadas, más bellas erguidas, eran faros de aves, señales del camino.

En aquel tiempo, había tiempo, tiempo de lluvias, de soles, de siembra, tiempo de esperar, tiempo de los orfebres, tiempo de sanar, tiempo de la ofrenda, tiempo de tomar lo esperado.

Había tiempo de venir y tiempo de morir.

Aprendíamos, ella observaba, comprendíamos su ritmo, desmesurada, brutal, bondadosa parte de ella éramos, antes del acero antes del torrente de latas y de fierros, antes de la chatarra. Sabíamos mirar, entrar en su silencio, en sus verdes colores, no había nada inútil, hábiles manos trenzando la vida. No había mejor o peor, todos estábamos, éramos bien y mal, sal y miel, sabores todos. Y las noches, morada de otras luces, hamacas suavemente mecidas, acunadas fatigas reposando, frágil poder de los sueños revelando nuevas direcciones por caminos no transitados adivinábamos el pasado.

Veíamos latigazos de plata en la pizarra del cielo, escuchábamos los gritos del aire, el canto de las nubes antes de ser agua. Agua de lluvia, ventiscas, granizos azules, canción de las noches, arrullos del arroyo para el sueño. Sentíamos la lluvia fresca en la sed, la sal en el pez, lluvia, fruta en el alma, llanto en la alegría de la boda, nueva como un regreso. Lluvia

de vida, gotas en los humedales, imperios vaporosos volando, regresando en lluvia. La lluvia era fiesta de los árboles, lágrimas de los músicos en la casa del viento.

Después conocimos el valor de los remos, de esbeltos árboles hicimos caminos sobre el agua, canoas como hojas bajando en la corriente, como leves bocas sonriendo al cielo. De firmes ramas los remos, las manos de roble. Hijo éramos mansas estirpes, gentes de la selva.

Entonces llegaron.

Ante la nitidez de los espejos, ante el encantamiento de los nuevos juguetes, ante el brillo magnífico de los abalorios, y el terror a su pólvora, realizamos los trueques, oro por lágrimas, loros por órdenes, esmeraldas por sífilis, playas por muelles, espadas por cuerpos, manos por murallas, dioses por cruces, cantos por rezos, mujeres por muerte. Todo querían y todo se llevaron. Tomaron cuanto codiciaban, no comprendieron nada. Libre es lo que es de nadie, al llevarse las cosas las mataron, al querer hacerlas suyas ya no fueron. El oro que cambiaron por espejos no les permite verse, ya no son de sí, de quien les ve son pasajeros. Se robaron a sí mismos.

La prisa de su apetito no permitió saber el sabor de nuestras cosas. No supieron qué sabíamos, el secreto intacto. El secreto de las naciones, sólo somos otra hoja que brota, vibramos un instante en la brisa y desprendidos del árbol volvemos suaves al lecho de la tierra para ser suelo, savia, tal vez fruto, entonces pájaro, deseo en los ojos del águila, cumbre, páramo, piedra, flor, otra vez agua.

Una aguja dorada y un cáñamo sagrado han ensartado, han tejido la red. Arenas y relámpagos, farallones y líquenes, insectos, nieve, guayaba, viento, niña, huevo, canto, hoguera de las fiestas. Todo lo que el pecho azul del cielo mira bajo sus días y sus noches. Antes de ellos hijo, antes de ellos, sólo íbamos solos silbando por la selva.

Cuánto tiempo observando para aprender. Remedando sonidos para hablar con las aves, para hablar con criaturas que cantan en las charcas, para buscar plumajes en las altas alturas de las ramas. Todo era sagrado, uno era todo, todo era uno. Queríamos saber los idiomas del Ajaia ajajá, del Mirlo de agua, de la Corocora, del Pisingo, de la Cairina, del Tucán, Del Ajicero, de la Iguaza, de la Pripa de collar, del Titiribí, de la Silga, del Carriquí, del Parzudakii, del Toche, del Pinche, de la Tangará, del Águila Tijerera, del Cucurucutú, de las Loras azules, de los Alcatraces, de los Martín Pescadores, de los Azulejos. Sabíamos de sus árboles, de sus casas enramadas, compartíamos la mesa: con el guayacán, el chaquiro, el tangare, los guamos, los chanules y guayabos, las chontas, el cacao, los tachuelos y guácimos, las iracas, los yarumos, los madroños, el gualanday, el chachafruto, la chonta, los caobos, el comino, los cedros, el aguacate o los chiminangos. Sí hijo éramos parte del todo, sólo íbamos solos, silbando por la selva.

Llegaron entonces las noches del pavor. Nos arrancaron las joyas del alma. La novia del joven cazador de venados fue cazada, desteñidos pigmentos mercenarios cruzaron su sangre con la desnudez de las orillas.

Solo silbando por la selva iba el joven cazador de venados, recordando los labios de su novia cantaba: ventosa de los pechos, arco del hambre, flauta de las voces, lugar del agua, volcán de los secretos, flor de la sed, casa del canto, celda del silencio, sello de la amistad, camino de las leyendas, cesto de los besos, cráter de la ira, canta y olvida, canta y olvida. El joven cazador de venados iba silbando solo por la selva.

Inocentes, nítidas, verdes hojas del rito. De la amistad amigas, de la pausa. De sabios padres compañeras. Dóciles... en la fatiga habladas. Verdes, luminosas, eran parte de todo

acogimiento. Presente del saludo, bien de la partida, inocentes hojas de las horas. Cristales hoy apresurando la prisa del presente. Hojas de ayer que ahora son piedra, lastre de las tormentas, frenesí de las luces, huida de la meta detenida. La inocente hoja verde clara ha perdido el color de nuestra amistad.

En aquel tiempo todo vivía, todo respiraba, incluso ahora si aguzas tus sentidos podrás percibir que palpita la piedra, suda la arena, el agua canta, verdes imperios proliferan, sa balean las hojas sumergidas. Por el Caracolí inmenso, el tucán pasa a tiempo. En el pantano la vida. La nutria madre juega a ser hija, aquí el agua sabe a aire, el aire a luz, la luz sabe azul en las montañas.

Podíamos descender, descender por los ríos como el agua, y ser cauce, rumor, rápido o remanso. Dejarse ir en la balsa, seguir siendo silencio, sombra en el agua, mar nacido en la guadua. Rodando sobre el oro sumergido en el balsaje de los bogas, sabios de los recodos y los meandros, amigos de los peces titilantes. Ser remanso, nevado que baja, que bebe el jaguar en las orillas, mientras una niña hace ondas en el cauce sereno y guarda la luna al lado de su fiambre. Bajábamos y volábamos sobre el lecho, en la alfombra gramínea, sobre la sangre de Los Andes y seguíamos en fuga, hacia el calor donde el agua regresa vaporosa a ser nube y otra vez nevado y música líquida sobre la que navegaremos otra tarde.

Hijo, si algún día adivinas el pasado y olvidas el presente, sabrás que fuimos milagro.

La tierra será honrada y nueva. Acogerá los naturales decesos del secreto equilibrio, la muerte será dócil, será grata, la vida discurrirá entre las manos como una marcha fresca, como un juguete de gozo y de cuidado; dulce, ácida, olo-

rosa, picante, reposada, veloz y sosegada. Es de la muerte la vida, generosa la muerte nos la presta, somos quizás la única risa en el vasto silencio mineral del universo, la vida, el agua, la madera, también están prestadas, tenemos el sagrado encargo de su causa. En el infinito desierto estelar somos milagro; las únicas criaturas en la noche del cosmos que podemos soñar bajo el brillo de los astros.

Si al menos lo supieran. Somos una sola, sola gran, única familia. Hermanos el insecto y la mojarra, fragancia de la orquídea, mirada del búho, sonido de la flauta, musgo del páramo, delfín rosado, lluvia de la tarde, hoguera en la noche, risa del niño, corazón de los montes, tormenta de granizo, muchacha Catatumbo, chontaduro maduro. Y los pájaros, hermanos de las hojas, somos agua, de la piedra pintores, silentes silbos en la selva. Suaves semillas en el vuelo, sabemos los olores del agua, los colores del viento, de la música clara en la peña estallada. Somos una gota en la extensa tempestad.

Hijo antes de morir debo decirte que algún día, cuando la mansa majestad de la selva sea de las mariposas, y comprendamos lo inútil de las utilidades, y que somos huéspedes transitorios de esta gota azul, tal vez ese día la humildad nos asista y nos salve. Y podamos dar la gran noticia.

Será tal vez un palabrero el que nos contará:

“Había ardido mucho tiempo el verano. Al caer la primera lluvia los peñascos estaban tan secos que al ser tocados por el agua producían sonidos extraños crepitaciones húmedas cantos de arenisca, música mineral. Las piedras brillaron, las hojas se mecían en la danza del viento, algunas se lanzaban desde los altos palcos de las ramas al escenario terrestre en donde la tierra bebía y bebía, sedienta y feliz y satisfecha. Todo tenía el aire de un acontecimiento. Asistían los tímidos hierbajos, las escasas presencias animales, los guijarros, las rocas, al gran lanzamiento del agua. Después de tantos años

de reseca, agónica vida, la tormenta fue una fiesta de rayos móviles de truenos redoblantes de ventisca oscilante. Y el agua, el agua corría y volada, besaba y huía, anegaba fresca, reía, brillaba en la noche, ante los relámpagos de la tempestad y la orquesta del cielo. La tierra feliz bailaba”.

También hijo debo contarte que en aquellos tiempos había príncipes, y que algunos reyes cantaron a las flores. Preguntaron a la noche. Escrutaron la danza de los astros y convocaron el poder de los orfebres. Y en la filigrana del tiempo intentaron comprender su maña, su bondad silenciosa. Trataban de saber sobre su imperio, en donde todos florecíamos, en la mansedumbre, en el deleite de la vida, en los arduos farallones, en esteros magníficos, en el secreto de un mundo de vivientes formas agitadas, sin dominio de nadie, allí todos éramos bondad de no prevalecer, solo de ser.

No había objetos, sólo dádivas y hallazgos, rito, canto, destrezas, pocos saberes, menos poderes, presagios, deseos y decesos, espera, alumbramientos, sigilo, suaves cálidas pisadas sobre la alfombra estremecida.

Mamíferos. Hamacas. Bellos durmientes del péndulo tejido. Cosa ninguna. Sólo seres trenzados jugando a la gentil gentileza. Nuestros pasos leves, suaves, descalzos transitorios, como el vuelo invisibles, único rastro es la vida, nuestros hijos y su callada palabra. La montaña nos sube, el río nos baja. Cuando vean el rastro del vuelo al que aspiran nuestros ojos, habrán comprendido, verán la huella de la fuga del pez en el estanque. Oirán desde la montaña el canto de cuna de las yubartas. En la extensa soledad de las aguas morirán las ciudades, grandes escombreras en donde la vida quedó registrada, en libros y fotografías. Sin olor, sin pulso, sin sabores. Grandes cementerios ilustrados. Recuerdo cuando sólo éramos, cuando sólo íbamos, solos silbando por la selva.

Recuerda hijo que en el principio:

“... sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y calmo. No había nada dotado de existencia”.

Hijo diles que antes del fin deben comprender. Diles que si al menos fueran menos, tal vez seríamos posibles. Diles que la casa mayor ha de cerrar sus puertas y que la voraz estirpe del hombre debe detenerse, debe mirar al sur. Comprender su estridente fracaso: la ruina de lo humano, la victoria de las cacharrerías, la ciega y doblegada masa marcha aturdida, ahíta de basura nuevecita, inútiles enseres que viajan del esplendor de las vitrinas al monte de los desechos. Basuraleza.

Si al menos no acosaran los árboles. Aire del sur, agua del sur, sólo déjennos solos, en nuestro silencio, extraviados en el rito, ausentes del progreso, en el mínimo gozo de estar vivos, descifrando la tierra y lo que en ella habita. La sagrada noche es nuestra casa, el día ya una fiesta, no precisamos tener; todo lo tenemos, libres del lastre de las cosas en el libre albedrío de las tribus. Nómadas, pescadores, colectando las dádivas, ofrendas del estero, manglares donde todo está servido, torsos desnudos que el aire acaricia, presentes, tristes o felices...

Solos, solos silbando por la selva.

LEYENDA SOBRE UN RELOJ



Sol Colmenares llegó tarde a la repartición de la herencia del abuelo. Era la mayor de sus nietas y su preferida. Luego de leer el testamento, le correspondieron algunas antigüedades. Una lupa rusa de cristal empotrada en un marco de bronce. Una balanza para pesar oro y un cofre alemán de madera oscura, que tenía varios cajones secretos y que el bisabuelo usó hacia mil ochocientos cincuenta como caja fuerte. Leído y releído el testamento, y sin más bienes que repartir, Sol se llevó el cofre y sus otras herencias para la casa.

El cofre tenía un complejo mecanismo de seguridad en el cual, al abrir una sección o un compartimiento, se bloqueaba o desbloqueaba otro. Era un asunto de paciencia y observación. Sol quiso poder abrir todos los cajones secretos de aquel cofre. En realidad no era fácil. Nada sugería, ni la forma, ni el lugar en la arquitectura del cofre. Había que pulsar, halar, correr con sutileza y suavidad cada centímetro de madera y de pronto, un cajoncito se abría. Así encontró un sobre pequeño con el retrato de la abuela. En una pequeña caja halló un texto manuscrito que hablaba del tiempo y de

la realidad. Sol no entendió nada. Finalmente, cuando ya no pensaba indagar, ni escrutar más, una noche, tras un golpe involuntario en un costado del cofre saltó una tablilla, y al tirar de ella se abrió un cajoncito plano forrado en terciopelo, apenas justo para albergar un reloj de oro.

El reloj tenía una contramarca en la que se indicaba que había sido construido en Ginebra, Suiza, en mil ochocientos veintitrés. El tablero era negro como el ónix y las horas estaban marcadas con puntos iridiscentes. Tenía grabados en oro, sobre el fondo oscuro, solo tres números romanos: el cinco, el diez y el dos.

A Sol le pareció extraño que el reloj solo tuviera esos números marcados, cuando lo corriente es que se marquen el doce, el seis, el nueve y el tres. Le dio cuerda y el reloj comenzó a sonar; un tictac armónico, claro, preciso, comenzó a emerger del interior y Sol sintió que algo muy antiguo y calmo se despertaba.

La satisfacción que le produjo oír el reloj funcionando, la alentó a usarlo y guardó su reloj de pilas.

Durante esa semana llegó tarde a dos reuniones y se acostó y levantó más temprano que de costumbre. La pérdida de una cita con su jefe la llevó a sospechar que el reloj se retrasaba y decidió llevarlo a una relojería, allí le dijeron que ese reloj no podía ser revisado y menos reparado, pues su mecanismo era muy antiguo. Aunque muchos lo vieron, ningún relojero se animó siquiera a destaparlo.

Sol buscó su reloj de pilas y lo puso a la misma hora que el antiguo reloj de cuerda. Comprobó con precisión que el reloj heredado del abuelo se retrasaba entre quince y diez y nueve minutos, de lunes a sábado y los domingos media hora.

Entonces, tratando de salvar su joya, tomó la lupa y trató de leer en la contratapa del reloj y en los bordes del tablero para ver si obtenía algún dato del fabricante. En el borde

inferior del puntero que gira las horas encontró la letra T. Nada más que eso, los otros textos eran 21 Jewels y Swiss Made. Sol escribió a una relojería de Suiza contando que tenía aquel reloj. Pasó el tiempo y no hubo respuesta. Finalmente, una tarde cuando llegó a casa encontró un sobre bajo su puerta. Le respondían de la relojería suiza. Le decían que el reloj en cuestión no estaba en ninguno de los catálogos de las relojerías actuales, pero que un viejo relojero consultado por ellos quería ver el reloj. Sol con cierta inseguridad, pero alentada por la seriedad de la respuesta envió el reloj a una dirección de Ginebra. A un tal Amadeus Ellenrieder, que, según la casa de relojes, era la única persona que podía dar algún concepto sobre el reloj. Al final de la nota decía: Señorita Colmenares, debe apresurarse pues el señor Ellenrieder tiene noventa y dos años. El tiempo apremia.

Cuando Sol entregó a la empresa Deprisa el paquete, hizo a modo de despedida o de conjuro, una señal de la cruz.

Tres meses después lo había dado por perdido. Se la oyó lamentarse de enviar así, sin ninguna garantía, el precioso reloj del abuelo a un viaje sin retorno. En alguna ocasión, y como por no dejar, envió mensajes a la casa de relojes que lo recomendó, y al propio señor Ellenrieder, contando que era una herencia y preguntando por la suerte de su reloj y pidiendo que se le devolvieran cuanto antes.

Al quinto mes recibió un mensaje escrito en alemán que decía: Apreciada Sol, el reloj está en perfectas condiciones, es uno de los más finos y precisos de cuantos ha fabricado Suiza. Sin embargo usted dice que se atrasa de quince a diecinueve minutos por día y treinta minutos los domingos. He de contarle lo que ocurre y espero que usted sepa comprenderlo. El reloj fue construido en 1823, en aquel tiempo el tiempo era distinto, el universo cambia y el tiempo con él. Para hacer comprensible lo que ocurre a su reloj debo de-

dirle que ahora hay menos tiempo, que el magnífico reloj de su abuelo marca el tiempo cómo era en aquellos lentos días. Comprenda que poner a galopar tan delicado mecanismo al ritmo actual es algo a lo cual se niega con cierta razón el reloj de su abuelo. Lo de los domingos es apenas comprensible: tiene que ver con una costumbre que se perdió con el tiempo: dedicar media hora los domingos a cantar. El pobre reloj de su abuelo no sabe que eso ya no es necesario en los tiempos que corren. Todo se hace vertiginoso, la luz parece ir más rápido, lo veloz es más apreciado que lo lento. Sabe usted, Sol, que las estaciones eran más largas porque éramos más lentos. En los viajes conocíamos mejor los lugares por los que viajábamos porque íbamos más despacio. De todas formas los relojes ahora son más exactos y miden centésimas y milésimas de segundos, Como pudo ver, el reloj que heredó a su abuelo ni siquiera tenía segundero. A mí me gustan los segunderos; cuando los observamos se ve caminar el tiempo, me gusta ver cuando el segundero sube desde el nueve hacia el doce, y prefiero los segunderos que hacen una pausa en cada segundo, a aquellos que pasan de largo sobre las líneas de los segundos como cronómetros de un tiempo vertiginoso y sin pausas. En aquellos tiempos de su abuelo poco importaba un segundo. Me disculpará la tardanza en responder y la extensa misiva, pero a mi edad uno se toma su tiempo para todo, y la verdad, no tengo mucho con quién hablar de este tema apasionante. A la inquietud sobre los atrasos de su reloj sólo puedo decirle que el reloj está perfecto, el que no funciona es el tiempo mismo. Una última cosa, apreciada Sol, he pensado que si pudiera vivir al ritmo del reloj de su abuelo, se haría un bien. Llegue tarde, gaste de quince a diecinueve minutos mirando correr el agua del río, recordando los juegos de su infancia, o durmiendo una siesta. Los domingos camine por el campo o haga lo que el reloj quiere: Cante

sin pensar en los tiempos que corren. T es una orden secreta a la que pertenecían los artesanos que construyeron el reloj y que tenían como misión guardar los secretos del tiempo. Sol sorprendida y satisfecha, por las noticias, respondió el mensaje inmediatamente pidiendo al amable Amadeus que le enviara su reloj.

Tres meses después y cuando Sol empezaba a impacientarse, llegó un paquete con el reloj y otra nota del señor Ellenrieder. Sol leyó:

Apreciada Sol, quizás piense que retuve el reloj para tratar de ajustarlo a los actuales tiempos, pero no. Lo retuve para oírlo sonar, para sentir su música pausada, el ritmo de nuestros mayores, la sombra fresca del pasado hecha música. Fue un placer asesorarla en este asunto, y espero que entienda lo que los sabios de la secta T advirtieron: el tiempo que se marca no será nunca nuestro tiempo. Una última cosa, retiré el puntero que marcaba lo minutos pues ahora que conoce como sus antepasados la cuestión, puede distraerla, se lo dice alguien que sabe del asunto; al tiempo es mejor no mirarlo. Ahora sabe que un buen reloj es un instrumento para oír la música del tiempo y el silencio es el tiempo que necesita la música para ser. Por último debes saber que todo este asunto comenzó cuando a nuestros antepasados les dio por meter el tiempo en una cajita.

SOBRE UNA LEYENDA



La batalla se había prolongado sesenta y cuatro días. Los guerreros estaban exhaustos, ninguno de los ejércitos cedía. La caballería diezmada por el hambre, la ciudad sin agua, miles de heridos deambulaban infectos. Los sabios disfrazados de clérigos no lograban ser atendidos por el monarca. Desde la torre, el rey miraba abatido e inmóvil a sus fuerzas dispersas, al fondo de la llanura alcanzaba a vigilar las columnas enemigas. El hijo del rey aún montaba su caballo, saltando trincheras, socorriendo a sus soldados. La reina subía y bajaba, ni siquiera la guerra alteraba su gracia. Entonces, el monarca de Persia ordenó al príncipe agrupar al ejército en el centro del campo. El enemigo pensó que aquello era señal de una rendición y se dispuso para recibir a un emisario.

Luego de la reunión de padre e hijo, en un acto suicida, el príncipe obedeciendo órdenes del rey, cabalgó a todo galope hacia las líneas enemigas, seguido por los pocos guerreros montados que le quedaban, y cuando vio al adversario, sin detener su carrera apuntó su lanza contra el monarca invasor. También aquella tarde los sabios y la reina combatieron. El rey enemigo murió. El príncipe de Persia también.

Victorioso y destruido, el rey no volvió a comer. La reina sumida en el dolor por la pérdida de su único hijo, y por la melancolía de su esposo, pidió a los sabios y matemáticos de la corte que inventaran algo para disipar su tristeza. Así, siguiendo sus órdenes, durante muchos meses y con la ayuda de todos los genios del reino y, a todas luces, con algo de colaboración divina, se reunieron día y noche al sol y a la sombra.

Indagaron el secreto de la guerra, comprendieron su belleza escondida. Algo como la luz de la noche se apoderó de todo. Simetría y caos, azar y razón, certeza y extravío. En algún momento de aquella creación el sabio más viejo dijo: “los caminos del conocimiento son la mitad claros, la mitad oscuros”. Luego murió.

Sobre una pequeña puerta, pintada con sesenta y cuatro cuadros, la mitad negros la mitad blancos, entrevieron la eternidad y los abismos del tiempo. Movieron sobre las cuadrículas los primeros guijarros, después tallaron figuras para esclarecer las contiendas. La reina escuchó a altas horas, el marfil entrechocando con la pizarra oscura, y a los sabios les fue dado oír ruidos de guerras antiguas, el estruendo lejano de anteriores guerreros perdidos.

El recuerdo del príncipe de Persia gravitaba sobre la intensa batalla de la imaginación. Gobernando las manos, disponiendo la lógica, a veces conduciendo, a veces conducidos por los secretos de aquel juego naciente surgieron sus reglas.

Durante el tiempo de la creación, los sabios soñaron pesadillas absurdas en las cuales aparecía el tiempo enojado, el espacio huyendo del tiempo. De tanto en tanto, una voz superior se erguía y les enseñaba la gramática de la guerra. Bajo el árbol que daba sombra y abrigaba su inteligencia, los sabios sin saber cómo, lo supieron todo. Y al fin, exhaustos y conmovidos por los senderos insondables de aquel juego, entrevieron el misterio de la eternidad.

Así dieron luz a un juego infinito como la música, exacto y variable como el destino. Un juego hecho de tiempo, que es diferente cada vez, según las manos que lo toquen. Y que a pesar de jugarse en un cuadrado pequeño y a la vez infinito, permite a los jugadores estrechase las manos al final de cada partida, dispone de tantos caminos como la luz en el espacio. Un juego tan poderoso que aquellos que lo aprenden pierden el interés por la guerra, por el trabajo. Sus manos cambian las espadas y guadañas por extrañas figuras, olvidan a sus mujeres, y casi todos los asuntos humanos.

El rey de Persia, que se encontraba en aquella edad en que el vigor y la vejez se disputan el cuerpo, recibió en su palacio a un sabio a quién llamaban “Silencio”, hombre leve y de ojos profundos, que entregó un pergamino de cuero en el que aparecía dibujado el tablero de ajedrez y sus 64 escaques, acompañado por una bolsa de tela, la cual contenía treinta y dos figuras: la mitad blancas, la mitad negras. Fascinado con la invención, quiso mostrar su gratitud a los sabios y ordenó que pidieran lo que se les antojara, al final, aseguró con arrogancia que serían complacidos. Al día siguiente el rey recibió una nota que decía: “Obedecemos una vez más los deseos de su señoría. No deseamos ser compensados por nuestra invención, ella misma es suficiente retribución a nuestro esfuerzo. Para ser sinceros, gozamos mucho creando este juego, que como toda creación perdurable, sorprende a quien la realiza. Pero su majestad insiste en una retribución a todas luces innecesaria. Conocemos que sus órdenes no pueden ser desobedecidas y nos vemos en la innecesaria obligación de pedir algo para compensar nuestro invento. Sea pues satisfecho su capricho majestad. Pedimos por el primer escaque del tablero un grano de trigo, por el segundo dos, por el tercero cuatro y así sucesivamente doblando la cantidad de granos hasta llegar al número 64”. El rey rio.

Se burló de la ridícula petición de los sabios. Ordenó a su secretario que calculara la cantidad requerida y la entregara esa misma tarde. El secretario se retiró dispuesto a obedecer la orden. Una semana más tarde apareció ante el rey que se encontraba distraído jugando una partida.

—Querido señor, estamos en problemas.

—Espero que sea algo importante, ya saben que no deben interrumpirme cuando estoy jugando.

—Señor, dispense usted, pero siempre está jugando.

—¿De qué se trata? —preguntó el rey, sin apartar sus ojos del tablero.

—No podemos pagar a los sabios. Hemos calculado lo que piden, y ni reuniendo todas las cosechas de los trigales del reino durante diez años, podríamos juntar la cantidad que resulta de multiplicar los granos de trigo 64 veces.

El rey llamó a los sabios creadores del ajedrez y les dijo que estaba muy contrariado por no poder cumplir con su promesa y les ofreció a cambio un encargo: una máquina inteligente, un aparato que pudiera calcular para no volver a pasar una vergüenza como la que los reunía.

Los sabios se retiraron complacidos de tener un nuevo reto. La reina y sus cortesanas aprendieron a jugar, olvidaron los galanteos y las lisonjas de los hombres, se sintieron libres y felices. La hija del sabio “Silencio” en la soledad de su recámara, sobre el mismo tablero escaqueado y usando sólo los peones, inventó un nuevo juego. Un juego en apariencia más simple, algo más ladino, pero tan profundo, difícil y fascinante como el ajedrez. Por ser invención de una mujer le llamaron el juego de Damas. Ellas gozaban y reñían mientras jugaban. Los hombres se acercaron para ver de qué se trataba y las mujeres los vencieron. De cuando en cuando, atraídos por el juego de las damas, los hombres y las mujeres de Persia volvieron a amarse.

Después de muchos meses, al regreso de un viaje por oriente, los sabios aparecieron con el encargo. Le enseñaron al rey un extraño objeto: era un rectángulo de madera, en el cual unos hilos de cáñamo templados, sostenían extrañas semillas de colores que podían moverse por los hilos que las atravesaban. Parecía un juguete de niños.

—¿Esto qué es? —inquirió el rey.

—Es un ábaco —respondió el sabio más joven. Y explicó enseguida cómo calcular con el artefacto.

El rey preguntó sorprendido a los sabios si aquello era invención humana o divina.

—Digamos que la divinidad, cuando está de humor, se expresa con dádivas extraordinarias. El ajedrez es una de ellas, nosotros no somos más que sus mensajeros.

—Será posible —preguntó el rey—, que algún día se pueda concebir un artefacto inteligente al que le sea posible calcular, y ser un contendor, para jugar con él al ajedrez.

—Eso desafía el misterio y el secreto que la divinidad nos otorgó a través del juego infinito. Cuando jugamos ajedrez, nuestras manos se comunican con el misterio, con el enigma del tiempo, la divinidad está presente en el abismo insondable de sus posibilidades. Su belleza y sus simetrías son obra del creador de las causas, del inventor del azar, del rector de todos los designios. No osemos traspasar su sagrada belleza, que reside en que es el juego del tiempo y del espacio, que, por lo demás, son la materia y el oficio de Dios, puesto por él en las manos del hombre para que juegue a ser Dios y pensándolo bien, para que conozca lo complejo de su tarea.

—Ahora pueden retirarse, entiendo que lo cobrado era una broma para exaltar mi ignorancia. Perdonaré la broma. Y díganme ahora qué desean por el ábaco.

—No podemos pedir retribución por un invento ajeno; el

ábaco es un instrumento creado por los chinos con la ayuda de sus dioses, lo único que hicimos fue traerlo ante su señoría.

—Como no fue posible atender lo pedido por la invención del ajedrez, la deuda sigue viva. Pidan algo posible.

El sabio guardo silencio por unos minutos. Luego dijo:

—Pedimos señor, que este juego viva por siempre, que sea el rey de todos los juegos. Que siendo una simulación de la guerra, entretenga a los guerreros y olviden la lucha. También pedimos que le deje tiempo a su señoría para caminar por los bosques con la Reina, como era su costumbre, recordamos que las mejores decisiones que tomó como gobernante fueron luego de aquellos paseos con la Reina. Otra cosa, ahora que se ha aficionado tanto al juego, y que ha descuidado los asuntos del reino, queremos solicitarle que nos permita a nosotros ser gobernantes al menos por unas semanas.

—Eso jamás, gobernar no es asunto de sabios, gobernar es asunto de poderosos. El poder reside en la guerra. La guerra es nuestro juego, y es el destino y la dignidad del pueblo. Desde siempre jugamos y jugaremos a la guerra. Los peones siempre irán al frente de batalla. Ustedes y sus sabidurías no son más que alfiles; trazos en la pizarra a nuestro servicio.

—Entonces lo que voy a pedir, rebasa sus posibilidades, y me temo que su comprensión, señoría: pido a los dioses de esta tierra de guerreros, que cuando Persia ya no exista por cuenta de sus guerras, alguien cuente que fue aquí, por orden de una Reina de ojos luminosos y sonrisa benévola, y asistidos por la gracia de fuerzas superiores, donde creamos el ajedrez. Y que en el futuro lejano, los que habiten el mundo lo recuerden como el juego de la Reina y los sabios de Persia.

SOBRE LO REAL Y LO IRREAL



Adolfo tiene cuatro años. Es domingo y sus padres se han levantado con ganas de salir al parque. El niño duerme, la madre no quiere despertarlo, pues es día de fiesta. El padre lee los diarios. Hay silencio y paz en la suave mañana. La luz entra en diagonales por la ventana, un rayo de sol toca el fino cabello, un movimiento bajo las mantas y dos ojos claros se abren, traen al niño de su sueño y lo dejan en la mañana del domingo.

El desayuno en la cocina avanza: frutas solferinas dispuestas en cascos sobre platos azules, fragantes tazas de café, la leche cuajada Martona de la estancia de los abuelos, hojaldres dulces, quesos amarillos, zumo de pomelo... El niño ríe. Vestidos para el domingo salen de la casa.

En el parque hay un festival. Los padres se preguntan por algo que agrada al niño, para verlo reír, para gozar con su gozo. Avanzan por los jardines mirando las ventas de confites; mentas de colores, chocolates con forma de animales y de monedas, bastones de azúcar. Luego, cerca de la fuente, en la glorieta, entre las diversiones: la calesita, los juegos de destreza, el tiro al blanco.

El padre del niño ensaya a lanzar los aros dentro de las botellas, cinco aros; si pasa uno por el cuello de una botella se la gana. No hay suerte, tampoco mucho tino, es la verdad. Más allá están los animales domésticos: gazapos, palomas, gatitos... los cachorros. El niño ve los gazapos, sigue sin reparar en la jaula de las aves, duda ante los gatos y se precipita al lugar de los cachorros.

El vendedor de mascotas se complace con la emoción del niño, los padres le dejan acariciar uno, el niño mira suplicante a su madre, ella mueve la cabeza, entonces mira a su padre, el padre alza las cejas y mira a la madre. Marta, la madre, se inclina, toma al perrito color té claro y lo devuelve al vendedor de mascotas. El niño llora mientras mira al perrito, el cachorro mira al niño y mueve la cabeza hacia un lado, parpadea, emite un sonido de cachorra solidaridad y le sigue mirando. Los claros ojos de los cuatro años de Adolfo están llenos de lágrimas. El padre lo toma y lo eleva por el aire para consolarlo. Acaballa al niño en sus hombros y se alejan del prado de los cachorros.

En una banca del parque, Marta ofrece, a modo de consuelo, un animalito de chocolate; el niño lo rechaza con enfado. Suspiros como atascos del alma salen del fondo de su niñez. La mañana sigue su ascenso por el cielo despejado, en los juegos del parque el niño olvida por momentos al perrito. Un paseo en coche tirado por caballos.

El olor de los caballos mitiga la congoja del niño. Marta y Adolfo suben a la carreta. Adolfo —el padre— los despide con un movimiento de la mano. El ruido de los cascos sobre el asfalto borra la tristeza, el movimiento de la carreta es una danza que sigue la música de los cuatro cascos. Calmada la amargura por el perrito, el día caluroso parece culminar su ascenso. La carreta se detiene a un lado del jardín de los cachorros. Antes de descender, Adolfo ve entre el tumulto de alegría de los perritos, al de color té claro.

No dice nada. Sólo un suspiro resignado y silencio. Al descender, el cochero le entrega al padre una boleta para la rifa de una mascota. La boleta no tiene costo, es una cortesía. El padre pregunta:

—¿Cómo juega?

—Hay un número al respaldo, 023.

La madre se aproxima para escuchar.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que nos han obsequiado una boleta para una rifa.

El cochero pregunta el nombre del niño.

—Adolfo Bioy Casares.

El cochero lo apunta en la contraseña. La familia se aleja hacia los puestos de comida. Un helado de chocolate con chispas de menta, una cerveza helada con maní, un zumo de naranja y panecillos. El día se inclina hacia la tarde, tendidos sobre la grama, una leve siesta cruza el sosiego del domingo.

El ruido de un megáfono disipa la ensoñación vespertina. Es la hora de la rifa.

—Los niños que tengan boleta para la rifa, por favor acercarse: en unos momentos se hará el sorteo.

El padre se incorpora, y sin mirar a la madre, toma al niño de la mano y se dirige hacia el origen del bullicio, del llamado. La madre protesta.

—Pero Adolfo, ¿qué hacés?

Sin contestar, sin mirar atrás, Adolfo se mete entre la gente que está agolpándose frente a una tarima. El niño pide que lo carguen para poder ver. Desde la altura de los hombros de su padre y sobre la grama dorada por el sol azafrán de la tarde, ve los cachorros que juegan, que simulan ataques, se tumban, y ríen, tocados por la luz enrojecida parecen más hermosos... casi como recuerdos. Los ojos del niño buscan al perrito. Lo encuentran distraído del amor,

del impulso, de la hermandad de las criaturas que los une. Otro atasco del alma florece en la altura del padre. Viene el sorteo.

Marta, la madre, trata de apartar a sus hombres del lugar, pero no lo consigue. El señor de las mascotas llama a una niña para que saque de una bolsa de paño verde el número ganador. La niña pasa de brazo en brazo, volando por la tarde. La luz vibra. Sobre la tarima, la mano pequeña busca en el fondo un papelito, saca varios, le piden que lo vuelva a hacer. Vuelve la mano a la bolsa y sale de ella con un papelito pegado en los dedos. El hombre de las mascotas lo toma y lee:

—023... el niño Adolfo Bioy Casares ha ganado un cachorro. Felicitaciones, puede acercarse y escogerlo.

Los padres se miran un instante y en esa mirada hay un diálogo tenso. El hombre de las mascotas vuelve a llamar.

—Si se encuentra presente el niño Adolfo Bioy Casares, por favor acercarse con uno de sus padres.

El niño pregunta:

—¿Qué pasa, por qué me llaman?

—Hijo, te has ganado un cachorro.

El padre se abre paso con el niño izado en la altura de sus brazos y lo aterriza en el prado de los cachorros, el perrito color té claro viene corriendo hacia el niño. El padre entrega la contraseña al hombre de las mascotas, Marta observa entre complacida y confusa. Las dos infancias se entregan una a la otra, felices en la sagrada verdad de su causa, la de festejar la vida, la de celebrar florecer. El niño siente el dulce aliento del cachorro, el perrito siente los aromas del niño. La suave fragancia de la infancia sella el vínculo y el ánimo de los juegos los posee. Los padres que querían gozar viendo gozar a su hijo, se confunden. El día llega hasta el frente de la noche y se enciende antes de extinguirse.

Es hora de volver a casa.

Abrazados padre, niño y cachorro abandonan el parque, la madre los sigue. En casa un poco de leche tibia para el nuevo habitante y una papilla para Adolfo. En la habitación, sobre las mantas sin tender de la mañana, fundidos en el placer de su hermandad, las dos criaturas son vencidas por el sueño. Los padres cenan en la cocina, una amarga discusión borra de un golpe el hermoso día; Adolfo el padre dice:

—Si hacés eso, el niño va a creer que todo es absurdo.

Marta, sin responder, se retira con determinación hacia su alcoba. Al despertar en la mañana, el niño mira a su alrededor buscando al cachorro. No lo ve en la habitación, se levanta y va a buscarlo por la casa. Nada. Entra en la cocina, el padre lee los diarios. Pregunta por su perrito.

—Habla con tu madre.

Adolfo busca a su madre, la encuentra frente al tocador de tres espejos peinándose. El niño la mira a través de una de las lunas del espejo, le pregunta si ha visto a su cachorro. Desde otra luna, su madre lo mira y le dice que debe contarle algo: que no hay ningún cachorro.

—Has dormido mucho y mientras dormías soñabas. Soñabas que íbamos al parque, que era domingo, que había un festival, que comías un helado de chocolate con chispas de menta, que había un señor con muchos cachorros. Soñaste que dabas un paseo en la carreta de los caballos, que por la tarde rifaban un perrito y soñaste que te habías ganado uno color té claro.

El niño se apartó de la luna en que hablaba la madre y buscó al padre en la cocina. Mirando el salpicado de la leche dejado por el cachorro en el suelo, dijo:

—Hola papá, anoche soñé que íbamos al parque, que me dormía sobre la hierba y allí soñé otro sueño... y ese sueño era verdad.

RECREACIÓN DE UN CUENTO ANTIGUO



El tren se detuvo en la estación Río Guadalajara, en un pueblo que parecía una acuarela.

La luz entraba cansada por las ventanas del vagón. Adentro, en un ambiente de aburrimiento, bostezaban dos mellizos: una niña y un niño de nueve años.

Estaban con su madre.

—Estoy aburrido —dijo el niño.

—Yo también —confirmó la niña.

En ese momento se sentó frente a ellos un viejo que acababa de abordar el tren. Sonrió a los niños y saludó a la madre.

—¿Mamá, cuánto falta para llegar? —inquirió la niña.

—No sé, hija, unas dos horas, creo.

El viejo miraba y sonreía con unos dientes muy blancos, sus ojos concentraban la luz de muchos días. La piel clara contrastaba con su ropa azul oscura, algo trajinada pero limpia.

El tren se puso en marcha y el pueblo comenzó a ir hacia atrás. Aparecieron campos sembrados, después de mirar sin emoción alguna al hombre, los niños exclamaron, esta vez en coro:

—¡Qué pereza, mamá!

—¿Qué tal un cuento? —propuso la madre.

—Bueno —aceptaron, sin mayor entusiasmo.

La madre comenzó a contar un cuento en el cual un príncipe hermoso y bueno trataba de ayudar a su padre sosteniendo una lupa, para que leyera su discurso número veintisiete de año nuevo —o sea que llevaba veintisiete años en el poder —comentó la madre.

—Claro, mamá, no tenías que explicarlo —protestó la niña.

La madre continuó narrando: contó que el rey era muy buen gobernante, inmensamente rico y muy querido por sus súbditos, los cuales eran muy pobres y vivían en medio de la miseria, agobiados por el trabajo y las enfermedades.

—¿Y si era tan buen gobernante y llevaba tantos años como rey, por qué la gente era tan pobre? —preguntó el niño.

La madre se quedó unos segundos en silencio y luego dijo: así es el cuento, así me lo contaron. Luego continuó: el Rey estaba muy enfermo y sufría porque el hijo mayor que era malo; no asistía a sus conferencias, era borrachín y se negaba a sucederlo en el trono. El príncipe bueno era un gran cazador silvestre y el hijo predilecto del rey: se la pasaba todo el día pendiente de su padre y era muy querido por toda la corte.

Los niños comenzaron a bostezar.

—¿Qué es un cazador silvestre, mamá?

—Alguien que sabe cazar animales del bosque.

—¿Qué animales?

—Venados, conejos, patos silvestres...

—Entonces no era tan bueno —reprochó la niña.

Los niños empezaron a conversar entre ellos.

La madre protestó:

—Si no hacen silencio, no les cuento más.

El hombre de la sonrisa blanca palmoteó en el aire, de

inmediato acudieron al recinto del coche dos palabras mellizas: expectativa y silencio.

Miraron al viejo que sonreía y desconcertaba con su misterioso silencio al pequeño auditorio. Cierta picardía encendía sus ojos, el tiempo parecía detenido; todos estaban atentos a lo que iba a ocurrir.

—Me llamo Zoylo, creo que el cuento es bueno, casi todo cuento puede serlo, si me lo permiten puedo ayudar a vuestra madre a contarlo.

—Sí —gritaron en coro los mellizos.

La madre miró al suelo y cuando levantó la mirada vio a Zoylo guiñar el ojo, como tratando de hacerla cómplice de un asunto que ella no alcanzaba a comprender. Había gracia en el gesto y se sintió felizmente relevada, cómoda con el cambio intempestivo de rol. En sus labios apareció su primera sonrisa de aquel día.

—Voy a terminar de contar el mismo cuento, pero hay que hacer algunas precisiones antes de seguir: el rey no estaba enfermo; se hacía el enfermo para ser atendido de manera especial y sobre todo, para que su hijo mayor sintiera conmiseración por él, ya que había perdido su respeto. El hijo menor era cazador porque era cobarde, el rey lo sabía e inventó una ley en la cual los cazadores nobles del reino no irían a la guerra. Así el menor de sus hijos era eximido de luchar contra los enemigos. El hermano mayor tenía que pelear, así no estuviera de acuerdo con las órdenes de su padre, que declaraba la guerra a otros reyes para ser más poderoso. El rey tampoco iba a las guerras; los médicos del reino dictaminaban que *vivía enfermo*. Su hijo mayor deseaba que su padre muriese para que se acabaran las guerras. En efecto, como narró vuestra madre, había renunciado a suceder el trono. Ese fue el peor agravio que recibió el rey en su vida. El pueblo entendía que era la manera como el príncipe criti-

caba la ya demasiado larga gestión de gobierno de su padre. También existía la reina, quien estaba a punto de huir con un soldado. Además los hermanos estaban enamorados de dos hermanas: el mayor, Junot, amaba a la menor, Lili de Rosedal, y Tomás, el menor, amaba a Moli de Rosedal, la mayor. Hasta allí todo muy bien, solo que Lili y Moli amaban a Junot.

A esta altura de la narración los mellizos parecían abstraídos como si resolvieran en sus cabezas complejos problemas de ajedrez. La madre un poco desconcertada con el giro de la historia estaba intrigada por saber cómo iba a resolverse todo.

El viejo Zoylo continuó:

El padre de las hermanas Rosedal era uno de los médicos del rey. Su hija preferida era Moli. Sirviéndose de amistades y de los compañeros de cacería del príncipe, supo que Tomás amaba a Moli. Entonces planeó algo que pensó, lograría hacerle Conde del reino de Mandinga, preparó un veneno para matar al rey, aprovechando que todos en el reino creían que el soberano estaba enfermo y convencido de que nadie se extrañaría por su muerte. El plan era que su hija se casara con el príncipe Tomás, heredero del trono; así sería la Reina de Mandinga. Después del discurso de año nuevo, el rey convidó a una fiesta. En ella estaban los príncipes, las hermanas Rosedal, su padre médico y todos los ministros y asesores del gobierno y sus familias.

Comenzó el baile y las hermanas Rosedal bailaron con los príncipes, luego Junot y Moli se apartaron de la fiesta.

A la hora de la cena entraron los criados y las cocineras con los banquetes: cochinitos horneados, corderos asados, aves estofadas, panes frescos y humeantes. El rey que era muy glotón se sentó a comer, el médico se acomodó a su lado, trajeron el vino servido en ánforas de...

—¿Qué son ánforas? —preguntó el mellizo.

—Jarras grandes de cerámica —explicó Zoylo.

El rey tenía un ánfora especial con el mejor vino, la pusieron justo al frente de su puesto. El médico sirvió un vaso, y el monarca le ofreció que bebiera de su vino.

—Hoy no voy a beber, estoy indispuerto —dijo cortésmente el médico.

La reina sacó a bailar al rey, los músicos tocaban canciones alegres. Junot y Moli no aparecían por ningún lado. Tomás, el cazador, sacó a bailar a Lili, pero la pisó un par de veces. Ella se lo reprochó y él ofendido y rabioso se fue a dar una vuelta por la oscuridad de los jardines.

El médico echó un poco del brebaje mortal al vino del rey. Tomás seguía lleno de indignación caminando por la fuente del jardín. De pronto oyó algo: lamentos de mujer sobre la hierba. Se acercó y supo que lo que oía eran los ruidos del amor...

—¿Cómo son los ruidos del amor? —preguntó el mellizo.

—Gemidos, —respondió Zoylo.

La madre de los mellizos miró alarmada al viejo cuentista. Él sonrió.

—¿Cómo qué gemidos? —preguntó la melliza.

—Como cuando a uno le duele algo —respondió Zoylo y siguió la narración:

Tomás encendió su mechero y vio sobre la hierba a Moli y a Junot desnudos.

—No me parece apropiado —protestó la madre— así no es el cuento, por favor no siga.

—Mamá, déjalo seguir... por favor mamá. —protestaron en coro.

El viejo cuentista continuó:

Al ver aquello, una nube de ira invadió a Tomás, que corrió hacia la fiesta como enloquecido, buscó a su padre pero estaba bailando y se fue a esperarlo a su mesa. Allí, vigilante, estaba el padre de Moli. Al advertir la cara de tragedia de

Tomás le preguntó:

—¿Qué le ocurre príncipe?

—¿Que qué me ocurre? Que su hija Moli se revuelca desnuda con el borracho de mi hermano en la fuente: los acabo de ver.

El médico salió corriendo hacia la oscuridad de los jardines.

Tomás lleno de odio quiso sofocar lo que sentía, se sirvió un gran vaso de vino del ánfora de su padre. Tomó como si tuviera mucha sed. El médico llegó a la fuente y no encontró a su hija por ningún lado, gritó en la oscuridad y no tuvo respuesta. Regresó a la fiesta y al entrar al salón vio al rey tratando de levantar a su hijo que estaba desmadejado sobre la mesa; gritaba con desesperación:

—Doctor, doctor... ¿dónde estaba? mi hijo se ha desmayado.

El doctor no pudo evitar mirar con extraña fijeza el vaso vacío. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó para sí: “¿Qué hice?”

Con la ayuda de un soldado llevaron al príncipe a su habitación, la reina los siguió.

—¿Tomaste del vino de tu padre? —preguntó el médico al príncipe.

En el salón, el rey angustiado se sirvió un vino y bebió.

El príncipe Tomás agonizaba, sin embargo sacó fuerzas para pedir a su madre que fuera de inmediato a la fiesta y evitara que el rey bebiera.

La madre corrió. Al llegar, una multitud rodeaba al monarca tendido en el piso.

—Querías matar a mi padre y mataste a su hijo: eres un asesino —dijo con dificultad el príncipe antes de morir.

Al escuchar lo que decía Tomás, el soldado espasó las manos del médico.

Se escuchó una algarabía. Del fondo de la fiesta llegaban gritos, amenazas, y llantos. De la oscuridad de los jardines con las ropas sucias y las cabelleras revueltas aparecieron con los rostros iluminados por una extraña felicidad, Junot y Moli.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el príncipe, mientras miraba el tumulto de la gente que impedía ver al rey muerto.

—El rey y el príncipe Tomás han muerto envenenados. Este hombre encargado de cuidar su salud, los ha matado —dijo el soldado señalando al padre de Moli.

—Morirá por ello —dijo Junot, a quien la alegría del doble desfloramiento se le convirtió en culpa y rabia.

—¿Qué es desfloramiento? —interrogó el mellizo.

—Creo que ya basta —protestó la madre de los mellizos haciendo una seña de silencio al viejo cuentista.

—Pregúntaselo a tu madre —respondió Zoylo.

—¿Qué es desfloramiento? —volvió a preguntar el niño, esta vez mirando a su madre.

—Ya es suficiente, no quiero seguir oyendo esa historia —dijo la madre.

—No, mamá, deja que la termine, deja que la termine —protestaron en coro los mellizos.

—Desfloramiento es la primera vez —explicó muy seguro y sereno el cuentista.

—¿Cuál primera vez?

—La primera vez que se hace el amor.

La madre se levantó del asiento y tomó a su hija de la mano, la niña se zafó y volvió a su asiento.

—No se alarme, querida señora, esto es un cuento, no hay nada que temer, los niños saben que los cuentos son fantasía, y nada pasará si conocen el significado de las palabras.

La madre regresó a su sitio.

—Pero las mujeres no tienen una flor; tienen una herida —dijo el mellizo con una convicción que aterró a su madre.

—Hijo, ¿qué dices?

—Sí, yo he visto la de mi hermana cuando nos bañamos; es una herida que no le sana, pero no le duele... ella me lo dijo.

—Calla —exclamó la madre y volvió a levantarse.

El viejo continuó:

—¿Quieren saber en qué terminó el reino de Mandinga?.

—Sí—gritaron los mellizos.

Muertos el rey y el príncipe heredero, luego de la ceremonia fúnebre, los sabios se reunieron con el príncipe Junot y con la reina. El príncipe Junot expresó que no sería rey; que lo único que deseaba era retirarse a su granja para vivir en paz, y que si Moli aceptaba, la invitaría a vivir con él. Dijo también que si Lili quería unirse a ellos, viviría con las dos.

La madre de los mellizos sacudía la cabeza en señal de protesta, los mellizos sonreían.

Entonces la reina habló:

—Seré la nueva soberana, reinaré y les devolveré la paz. Los sabios son sabios para ellos mismos, para su beneficio, no saben cómo hacer que su sabiduría sea útil a todos. Quedan pues a órdenes del pueblo para que aprendan a cocinar a cultivar y a tejer. Conmuto la pena del señor Rosedal y lo envío a curar a los que realmente están enfermos, empezando por él. No habrá más enfermos imaginarios en mi reino... ah, y otra cosa; desde hoy este soldado será mi secretario privado, él me reveló un secreto que en algunos años revelará al mundo un poeta: “cuando el poder del amor sea mayor que el amor al poder habrá paz en el mundo...”.

—¿Los ruidos del amor son cuando un hombre le toca a la mujer la herida y le duele? —interrumpió el mellizo.

—Los ruidos del amor no son de dolor, son de placer — corrigió muy tranquilo Zoylo.

—Esto es el colmo —gritó la madre.

—No se preocupe, señora, sus hijos han tenido un viaje

muy entretenido y lo más importante: no se han aburrido. — Ya sé, a las heridas les gusta que las toquen... —exclamó el mellizo, mientras el viejo salía del vagón con su risa blanca y sus ojos llenos de luz, como si en ellos habitara la alegría de muchas horas felices.

Los dos niños se asomaron por la ventanilla. A lo lejos, entre la multitud, iba el cuentista riendo y agitando la mano.

VARIACIÓN SOBRE QUE PASE EL ASERRADOR



I

Dice don Jesús del Corral en “Que pase el aserrador”:
“En la guerra del 85 me reclutaron y me llevaban para la Costa, por los llanos de Ayapel, cuando resolví desertar, en compañía de un indio boyacense. Una noche en que estábamos ambos de centinelas las emplumamos por una cañada, sin dejarle saludes al general Mateus.

Al día siguiente ya estábamos a diez leguas de nuestro ilustre jefe, en medio de una montaña donde cantaban los gurríes y maromeaban los micos. Cuatro días anduvimos por entre bosques, sin comer y con los pies heridos por las espinas de las chontas, pues íbamos rompiendo rastrojo con el cuerpo, como vacas ladronas. ¡Lo que es el miedo al cepo de campaña con que acarician a los desertores, y a los quinientos palos con que los maduran antes de tiempo!...

Yo había oído hablar de una empresa minera que estaba fundando el Conde de Nadal, en el río Nus, y resolví orientarme hacia allá, así al tanteo, y siguiendo por la orilla de

una quebrada que, según me habían dicho, desembocaba en aquel río. Efectivamente, al séptimo día, por la mañana, salimos el indio y yo a la desembocadura, y no lejos de allí vimos, entre unas peñas, un hombre que estaba sentado en la orilla opuesta a la que llevábamos nosotros. Fue grande nuestra alegría al verlo, pues íbamos casi muertos de hambre y era seguro que él nos daría de comer.

—Compadre, le grité, ¿cómo se llama esto aquí? ¿La mina de Nus está muy lejos?

—Aquí es; yo soy el encargado de la tarabita para el paso, pero tengo orden de no pasar a nadie, porque no se necesitan peones. Lo único que hace falta son aserradores.

No vacilé un momento en replicar:

—Ya lo sabía, y por eso he venido: yo soy aserrador; eche la oroya para este lado.

—¿Y el otro? —preguntó, señalando a mi compañero. El grandísimo majadero tampoco vaciló en contestar rápidamente:

—Yo no sé de eso; apenas soy peón.

No me dio tiempo de aleccionarlo; de decirle que nos importaba comer a todo trance, aunque al día siguiente nos despacharan como perros vagos; de mostrarle los peligros de muerte si continuaba vagando a la aventura, porque estaban lejos los caseríos, o el peligro de la «diana de palos» si lograba salir a algún pueblo antes de un mes. Nada; no me dio tiempo ni para guiñarle el ojo, pues repitió su afirmación sin que le volvieran a hacer la pregunta.

No hubo remedio, y el encargado de manejar la tarabita echó el cajón para este lado del río, después de gritar: ¡Que pase el aserrador!“. Hasta aquí don Jesús del Corral.

II

Soy “el indio boyacense”, el que no pasé. Según el paisa avisado: “un grandísimo majadero”. Voy a contarles lo que sucedió después de que mi compañero de fuga se fuera a buscar fortuna.

Me despedí del “aserrador”, lo vi subir al cajón de la tarabita y volar sobre el río. Me miró con lástima, como se mira al vencido y desapareció. Una vez estuve solo, sentí una paz muy grande. Feliz de no tener que oír hablar, de tener un poco de silencio. La verdad no tenía tanta hambre como “el aserrador” porque sé distinguir los frutos de la selva; el bosque es una despensa de alimentos. Mientras huíamos yo tomaba frutillas y cogollos y me los comía mientras “el aserrador” hacía muecas y escupía. Nunca estuve herido, ni de espinas de chonta ni de nada y no ando por la selva “como vaca ladrona”. La verdad nunca pasé hambre y la selva me gusta, sobre todo la música de sus ecos. Seguí bajando por el río sin prisa, tranquilo de no tener que llegar a ninguna parte. Libre ya de la guerra, y del paisa. Después de caminar un par de horas percibí que me seguían, entonces traté como pude de encaramarme a una montaña. Allí en medio de la selva descubrí las cavernas del río Nus, son nueve recámaras donde abunda el mármol y hay estalagmitas. Eso queda, luego lo supe, por una vereda que llaman La Mesa, cerca del río Samaná. Y a unas tres jornadas de un poblado llamado Caracolí. Me escondí en la caverna y los que me seguían con perros y todo llegaron hasta la entrada pero no se atrevieron a entrar.

Estuve esa noche y parte del día siguiente entre la caverna y de paso conocí sus secretos: el piso, cubierto por cáscaras de nueces de palmas y semillas de árboles es fresco y bueno para dormir. Los Guácharos viven en la caverna y construyen

grandes nidos en los bordes de las paredes. De allí salí y volví a buscar el Nus.

El río tiene un caudal suficiente para ser navegado, sus aguas son claras y muy frescas, de carácter profundo y sosegado. Con una rama de comino y el machete hice un arpón para pescar. Los sábalos son celosos, platean dentro del agua cuando giran, y saben muy bien asados o ahumados. Vagué por la selva desde la luna llena hasta la creciente. Catorce días, creo. Siempre entre los árboles, bajando, siguiendo el río. Una tarde llegué a un descampado, sentí desde lejos el olor de la leña. Me quedé quietecito para entender. En la otra orilla veía ascender una humareda. Era un humo lento y pobre parecido al rescoldo de una hoguera y se extendía como la niebla por un espacio muy extenso del cielo. La verdad no entendía y la curiosidad me picó. Armado con el arpón me eché al agua y crucé el río transparente. Trepé a un árbol de cedro y ante mis ojos apareció algo muy extraño: cientos de pequeñas colinas humeantes como pirámides de aserrín, de las cuales salía lenta y azul una neblina. Aunque sentí el calor no vi ninguna llama. Aquello no parecía invención humana, todo estaba baldío, no había seres humanos. Asustado, pensé que lo que veía era algo de otro mundo. Me acomodé en una rama gruesa para ver qué pasaba. Pasaron unas horas y no pasó nada. El humo se levantaba como en capas escapando del interior de las pirámides, llovió y la combustión no cesó, después de que escampó el humo se hizo más pesado y lento. Al ver que nadie venía, bajé del árbol, me aproximé y caminé por entre las pirámides tratando de entender. El humo seguía saliendo debajo del aserrín y la humedad de la lluvia hacía oler más fuerte los ripios de la madera.

Cuando estaba en el centro de aquel lugar vi surgir como de un sueño, entre las brumas del humo a una mujer. Por un momento pensé que era una aparición. Avanzaba hacia

mí pero parecía no verme. Me quedé paralizado observando cómo se aproximaba. Cuando estaba tan cerca que extendiendo su brazo podría tocarme, pegó un alarido que resonó en la selva. Casi nos morimos del susto. Los ojos de la joven mujer parecían de lechuza, y su cabello se erizó como el de un gato asustado. Dos minutos después nos estábamos riendo.

—¿Y usted, quién es?

—Un desertor.

—¿Y qué lo trae por acá?

—Me vine huyendo con un paisa que se hizo pasar por aserrador para que lo recibieran en la mina.

—¿Entonces, anda solo?

—Sí, mejor solo, el pobre no hizo sino quejarse todo el camino.

—¿Y qué busca por acá?

—Nada, me atrajo la curiosidad por saber qué cosa es ésta donde estamos.

—Es una fábrica de carbón.

—Entiendo... ¿Y de quién es?

—De mi padre.

—¿Trabaja aquí?

—Sí, soy la hija del carbonero.

La miré de arriba abajo, ya con el cabello en su lugar y los gestos en calma. Me pareció que tenía la piel tersa y los dientes blanquísimos y sanos. Como hacía tanto no veía mujeres, porque, ya saben; la guerra es de los hombres, se me antojó muy bella.

—¿Y dónde viven?

—Atrás de la carbonera está nuestra casa.

La seguí, caminamos por entre el humo y salimos como de un sueño a la realidad.

La casa estaba encalada, tenía techos de paja y un corredor en el que un hombre dormía en una hamaca.

—Pá.

—Hija.

—Hay un forastero.

El hombre apartó el sombrero que le cubría la cara y me miró con fuerza.

—¿Quién es usted?

—Un desertor de la guerra.

—¿Un cobarde?

—No.

—¿Si no es un cobarde, por qué desertó?

—Tenía miedo de matar, no de morir.

—¿Y qué quiere?

—No quiero nada.

—¿Cómo llegó aquí?

—Bajaba por el río y me dio curiosidad el humo de la carbonera.

El hombre no se levantó de su hamaca. Vi gallinas sueltas, un caballo y un buey. Los pájaros cantaban. El hombre guardó silencio como pensando. Después me miró.

—Hija, venga.

—Sí, pá.

—Dele de comer.

El último sol de la tarde tocó el muro enclavado y la pared pareció madurar como un fruto frente a nuestros ojos.

Me dieron comida y alguna ropa para cambiarme. Don Jesús (así se llamaba el padre de Magdalena) no se paraba de la hamaca.

—¿Qué tiene su padre que no se levanta?

—Esta tullido por la enfermedad.

—¿Y quién ve por la casa?

—Yo.

—¿Y su madre?

—Murió.

—¿Quién más vive aquí?

—Mis hermanos, pero no están... se los llevó la guerra.

La noche entró por el lado del río y nos cobijó a todos. Don Jesús comió en el corredor, Magdalena y yo en la cocina. Me colgaron una hamaca vieja pero buena en el corredor de atrás.

Antes del amanecer escuchamos ruido de gente y perros ladrando. Me levanté y salí a ver lo que ocurría. Don Jesús desde su hamaca dijo:

—Seguro vienen a buscarlo: métase a la casa, escóndase en el cuarto de Magdalena.

Desde allí escuchamos:

—Buenos días.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soldados a la orden del General Mateus cazando desertores. ¿Quién es el dueño de esta propiedad?

—Yo.

—¿Ha visto gente extraña merodeando por aquí? Buscamos a dos desertores.

—No, señor, aquí estamos mi única hija y su esposo, que es el que ve por la carbonera y los animales... y yo que estoy inválido.

—Con permiso, vamos a dar un vistazo.

Dos hombres entraron a la habitación y cuando acercaron el mechero Magdalena me abrazó.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó uno de los soldados.

—No, nadie más —respondió Magdalena.

Los soldados pidieron una gallina, panela, carbón y se marcharon.

Cuando ya empezaba a clarear salí al corredor, saludé a don Jesús, él no contestó. Magdalena trajo café y se sentó con nosotros. Nadie decía nada. Un rato después cuando terminó de beber el café don Jesús dijo:

—Ya me oyó: hay mucho que hacer aquí.

Tres meses más tarde murió. Yo me he ido quedando a vivir con Magdalena para que me enseñe a ser de esta tierra. Creo que ella me quiere, así no sea avisado como mi compañero de fuga.

El próximo mes, cuando terminemos de juntar las cincuenta cargas de carbón iremos a cambiarlas por los treinta gramos de oro de las alianzas, seguro que ese día nos mandarán el cajón de la tarabita para pasar...



SOBRE LA MATERNIDAD



La familia de Arnulfo fue a pasar las vacaciones en la casa de campo de los abuelos.

La primera noche una pava joven (de la especie que cenamos en diciembre) sufrió el ataque de dos perros intrusos. En medio del escándalo del ave todos salieron para ver lo que ocurría. Los perros al sentirse sorprendidos soltaron al animal malherido y se dieron a la fuga.

El niño Arnulfo fue a socorrer a la bimba herida. Había plumas dispersas por el suelo, arrastraba un ala y una pata, parte de sus entrañas colgaban de su vientre sangrante. Alguien sugirió un sacrificio “para que no sufra y no se pierda la carne”, al oír la sugerencia, algo parecido al fiero instinto maternal de las aves domésticas se apoderó de Arnulfo. Enculecado e indignado por la propuesta, rodeó con la torpeza de sus once años a la agónica pava y se dio a la hazaña de salvar lo que parecía insalvable. La llevó a su habitación contra la voluntad de la madre que había ordenado sacrificarla y enterrarla.

Después de recomodarle las vísceras, de coserla con hilo y aguja de remendar camisas, de gastar todo el mertiholate y la hambramicina del botiquín, Arnulfo pasó muchos días embutiendo comida y agua, grano a grano y gota a gota por

el guargüero de la pava. La pobre no mostraba voluntad de sobrevivir, parecía un saco de plumas grises, y como mantenía la cabeza bajo una de sus alas no se sabía si aquello era un animal, basura o desorden. Pero no moría. De cuando en cuando, la madre, a escondidas de Arnulfo, entraba y con una escoba tocaba el bulto para saber “si ya”. Del oscuro rincón surgía un estremecimiento acompañado de un gemido pavicorde, la señora se marchaba entre sorprendida y malhumorada por la terquedad de la vida.

Se acabaron las vacaciones y llegó la hora de volver, la pava ni mejoraba ni moría. Arnulfo, por encima de las innumerables razones esgrimidas por la familia, metió a su paciente malherida en un canasto y la llevó entre burlas e improperios, amenazas y ruegos, a su pieza del cuarto piso de un apartamento en unidad cerrada del sur de la ciudad. Allí las relaciones con la familia se hicieron más tensas y su celo por cuidar a la bimba crecía en la misma proporción en la que se veía cuestionado por su madre. Finalmente un día la pava se irguió en su única pata útil y dando extraños y torpes saltos empezó a buscar salir de su encierro. La otra extremidad parecía perdida irremediablemente. Brincaba en una pata como jugando golosa, luego se detenía a descansar.

Un día, a las cinco de la tarde, comenzó a titar (los pavos titan) luego, tras extraños revoloteos, trató construir un nido arrancando plumas de su pecho y juntando hebras, papeliños y todo lo que se le antojaba útil a su propósito.

En la finca, antes del ataque de los perros, los intentos del pavo por pisarla habían resultado infructuosos; la bimba aunque estaba dispuesta a recibir sobre su cuerpo al ampuloso y bullanguero pavo, en cuanto él se le trepaba, ella perdía el equilibrio y terminaban derrumbados, el pavo protestaba resoplando enfurecido, hasta que un día no volvió a inten-

tarlo. La pava inmaculada terminó su nido y de vez en vez, se echaba en él.

Una mañana, Arnulfo entró a la habitación y la bimba no se levantó, fue a ver qué ocurría y cuando estuvo delante de ella se irguió, dio un salto con su pata y dejó al descubierto un magnífico huevo. Tenía el color gris azulado de una piedra de río. La bimba estaba culeca y se echó a calentar su único huevo. La madre de Arnulfo comentó que perdería la echada pues sus huevos eran hueros.

Arnulfo investigó hasta encontrar la manera de hallar huevos fecundos, con ayuda de la abuela, le enviaron tres huevos de pata de las que habitaban en el lago de la finca, tres huevos de gallina y tres de codorniz, “todos fecundos”, según le explicó la abuela. De ese modo la maternidad de la bimba fue satisfecha. Sus grandes hueros y grisazulosos huevos, fueron remplazados por unos variopintos y multiformes de tres especies de aves de corral. La bimba aceptó tranquila el cambio y con su pico ordenaba y daba vuelta bajo la cálida pechuga a los futuros hijos de su calor. Echada de lado con un ala a medio desplegar en la que se apoyaba, pasó muchos días y noches empollando celosa y paciente sus huevos cambiados.

A los catorce días eclosionaron los huevos de codorniz. Unos animalitos tan pequeños que parecían piedrecillas emplumadas, la empleada de la casa los metió en una jaula de pájaros pues, según sabía, de no hacerlo, la bimba abandonaría los otros huevos y se dedicaría a cuidar las codornices. Siguió echada hasta que diez días más tarde eclosionaron los huevos de gallina y finalmente los de pata.

Para ese momento las relaciones familiares estaban en un punto de tensión máxima. En un arranque de dignidad y racionalidad urbanística y ambiental, la madre de Arnulfo hizo subir a la bimba con todo su zoológico a la camioneta y se fueron el puente de Semana Santa para la finca de los

abuelos. La pava parecía feliz de poder mostrar a la multiforme nidada, sus terrenos. Entre saltos, titos y caídas procuraba seguir y controlar a sus hijos. El segundo día los polluelos se atrevieron más lejos y alcanzaron a divisar el lago. Los tres paticos se enfilaron rumbo al agua, aleteaban de alegría con sus alitas parecidas a muñones incipientes. Cuando llegaron al borde del lago se lanzaron a sus aguas oscuras con una seguridad genética. La bimba daba grandes saltos acompañados de aleteos frenéticos y chillidos desesperados. Cuando llegó al borde del lago las tres motas amarillas se zambullían y jugaban alborozadas en el centro de las aguas. En medio de su desesperación y de su torpeza congénita, la Pava se aventuró en el agua para tratar de salvarlos, al comienzo, desesperada avanzó remando con sus alas un par de metros y luego, empapada, comenzó a sumergirse, los patitos no se dieron por enterados de que su madre se ahogaba. En la orilla los pollitos, ausentes de lo que ocurría buscaban semillas entre la hierba. El mayordomo con la medialuna de bajar los mangos, rescató el cadáver de la bimba, los paticos se quedaron en el lago, los pollitos en el corral y con la pava prepararon la sopa de los perros esa noche.

Arnulfo no quiso cenar y con una convicción profunda, como una sentencia que surgía del fondo de su alma dijo: “jamás tendré hijos”.

UNA PUGNA: HAZME UN GITANO



En sala de espera de la Clínica Materno Infantil, lleno de miedos y ansiedad, Antonio recordó minuciosamente los hechos que lo tenían allí.

Todo Comenzó una mañana cuando salían de casa en la Calle de Argensola de Madrid y vieron sentado en el bordillo del andén a un niño. Los miró a los ojos con una curiosidad que inquietó a Ofelia. Antonio hizo un ademán de saludo pero lo abortó apenas en el impulso.

Al volver en la tarde a casa, Ofelia calentó una pasta que estaba en la nevera y comenzó a hacer un poco de orden en la cocina. Antonio miró por la ventana hacia la calle. Recordó al niño. Ofelia se acercó y le dio una nalgada cariñosa.

–¿En qué piensas?

–En el niño de esta mañana.

–¿Y qué piensas?

–Es extraño, se veía desamparado y al mismo tiempo tan seguro de sí.

–Debe ser un niño gitano, los padres los mandan a hacer que están perdidos para ver que sacan.

–No tenía aspecto de gitano

–Los gitanos tienen todos los aspectos, hasta negros habrá.

–Cómo puedes hablar así, tendrá cinco años.

–Tú siempre con el sentimentalismo.

Antonio no quiso seguir la conversación y guardó silencio.

A la mañana siguiente cuando salían vieron al niño; estaba sentado en el mismo lugar, los miró con el mismo sereno desparpajo. Antonio no dijo nada, se quedó observando al niño que le sostuvo la mirada hasta que Ofelia se acercó y le preguntó:

–¿Eres gitano?

El niño la miró con cierta indignación desafiante, Ofelia no pudo soportar esa mirada y se apartó de la criatura.

–¿Cómo es que le preguntas eso?

–¿Y qué tiene de malo?, sí que me lo creo que el chiquillo este es un gitano y que sus padres estarán por acá esperando a ver quién cae.

–Es increíble lo que te escucho decir. ¿Eres racista? Nunca pensé que amaba a una mujer racista.

–¡No me llames racista que no lo soy!

–Sí que lo eres.

–Pues no sabes que los gitanos me han robado a mí y a mis padres y de maneras que ni te sueñas.

–...

–¿Acaso serías capaz de querer tener un niño ajeno?

–Sí. Puede ser.

–¿Serías capaz de adoptar un niño gitano?

–Hay tanta gente en el mundo que es una mejor opción que la de procrear. Además es hermoso aquel niño. Sus ojos son como uvas de agosto.

En la boca del metro se despidieron con un beso desgana-do, ensombrecido por una mutua decepción.

Antonio trabajaba enseñando literatura en un colegio. Ofelia era profesora de historia del arte.

Esa tarde Antonio sintió deseos de retrasar la llegada a una querrela y aliviarse de lo que había sentido durante el día por la disputa. Entró al bar. Pidió un ron. Se lo tomó en dos enviones. Pidió otro.

Cuando salió del bar era de noche y estaba llovisnando. No llevaba paraguas y la lluvia le llenó de pequeñas gotas transparentes los cristales de sus gafas. Se le distorsionaba el mundo, veía todo agrandado por las múltiples lupas líquidas. Se cruzó con dos niños tomados de las manos de sus madres y volvió a pensar en el niño del andén. Cuando llegó a la casa se sintió aliviado de que Ofelia no estuviera; fue a la nevera mordió un pedazo de pan con queso, tomó una cerveza y se fue a dormir.

Al día siguiente despertó tarde, Ofelia ya se había ido. Sintió paz. Cuando bajó a la calle miró para ver si el niño estaba. No estaba.

Ofelia dejó un mensaje que decía. “Si quieres adoptar no seré yo la mujer con la que debes estar”.

Le pareció un poco ridícula la rima: (adoptar estar) pero sabía que esa nota era en serio.

Esa misma semana Ofelia se llevó su ropa y no volvió. Entonces algo doloroso se apoderó del cuerpo y del espíritu de Antonio. Parecía como si lo sofocara la ausencia, opresiones casi hidráulicas en el pecho y una inapetencia rotunda lo adelgazarón. En un par de meses perdió siete kilos. Fue entonces cuando le escribió aquella nota: “En el aceite de tu secreto se encenderá mi lámpara”. Y también algo que después de enviado le pareció patético: “de allí podrá surgir la luz de nuestras vidas”. Finamente algo más patético aún: “regresa por favor, regresa”. Ella le respondió que lo pensaría. Luego llamó por teléfono para decir que no iba a regresar, “porque pensaba casarse bien”. Agregó: “nadie vive de palabras bonitas” y antes de colgar afirmó serena: “preferiría vivir a la luz de otras lámparas”.

Antonio guardó silencio una semana. Un lunes, cuando salía a trabajar más tarde de lo habitual, en el bordillo del andén estaba el niño mirando con su desenfado apacible. Antonio se acercó y le dijo:

–Cómo te llamas,

–Paco

–Y tus padres en donde están

–Allí, –y señaló un local al frente de la calle en el que se leía: Cerrajería.

Una mujer salió del local y fue directo hacia el niño. Se mostró muy amable con Antonio y preguntó a Paco:

–¿Tienes un nuevo amigo hijo?

–Sí mamá.

–Está muy guapo tu amigo hijo,

En ese momento un bus escolar paró y la mujer ayudó al niño a subir. Tras los cristales Paco movió tímidamente la mano despidiéndose.

–Es su primer año en el cole, –dijo la madre, al ver que Antonio saludaba a su hijo.

Entonces se quedaron mirándose a los ojos. Antonio trataba de descifrar si la mujer era gitana. Ella le ofrecía su belleza confusa, firmeza y estrategia. Claridad de sus ojos y descuido de sus ropas. Una lágrima fugaz se le escapó sumada a un gesto de resinada gracia mientras miraba el autobús perderse en fondo de la calle.

–Criar a un chiquillo sola no es fácil. Un chico necesita una figura paterna. Él se queda mirándolo a usted y a mí se me parte el corazón de ver cómo lo mira...como al padre que no tiene.

Toda la semana al salir, Antonio llevaba algo a Paco que le sonreía desde el andén. El entusiasmo del niño lo conmovía.

–¿Algún día me llevarás al estadio para ver al Athletic?

–Sí, un domingo iremos.

–¿Y mamá vendrá con nosotros?

–Sí, la invitaremos.

Esa noche Ofelia lo llamó. Lo invitó a cenar. Se había puesto la faldita roja que le gustaba a Antonio. Hablaron, bebieron cerveza, se rieron de las notas y hasta hicieron chistes racistas sobre los gitanos. Así se arreglaron las cosas. Ya en casa, Antonio contó a Ofelia lo del Paco y la promesa de llevarlo a ver al Athletic con su madre, Ofelia guardó silencio. Y entonces acosada por una urgencia que venía del más allá, se lanzó sobre Antonio; se desnudaron y casi con furia hicieron el amor en la sala como una pareja de novios que aprovecha la oportunidad y se ama con rapidez e intensidad, en una carrera hacia el éxtasis, a la que esta vez llegaron empatados.

En medio del frenesí de placer, Ofelia gritó una frase entrecortada, sofocada por los estertores de la dicha: hazme... hazme un gitano, hazme un gitano; Antoniiiiio hazme un gitanooooo.

EL ARREDAJO: UN AVE QUE HABLA



Después de timbrar dos veces y no obtener respuesta, doña Paulina empujó la puerta y entró en el taller. Se quedó mirando los afiches. Mujeres de una voluptuosidad excesiva la miraban provocadoras desde todas las paredes. No había un solo pedazo de muro libre de la lubricidad de sus pieles y la exuberancia de sus formas.

–Por aquí no hay sino deudas y enredos doña Paulina – dijo Ramiro, el socio de su esposo recién fallecido, mientras asomaba la cabeza debajo de un auto.

–Allá está el escritorio y el guarda ropa del compadre Víctor, mire a ver qué se quiere llevar, –y volvió a desaparecer bajo la carrocería.

Paulina que nunca iba al taller, miraba todo con curiosidad. Ese taller era el lugar en donde su esposo vivió de siete a siete, de lunes a sábado, los diez y nueve años que llevaban casados.

Dos ventiladores con las aspas averiadas se movían en una cojera giratoria y mecían en lentos círculos telarañas antiguas. Por todas partes imperaba la mugre acumulada.

Pátinas de herrumbre, óxidos, huellas de grasa, trapos engrosados hasta la solidez por el peso de lustros de suciedad.

En el cajón del escritorio Paulina encontró unas fotos tan sucias que no se distinguía quiénes estaban allí. Halló un par de cuadernos en los cuales una letra casi ilegible por la torpeza del trazo y las manchas de grasa, emborronaban todas las páginas. Números telefónicos sin nombre, cuentas de arreglos de automóviles y otras menos claras de lo que parecían ser acreedores.

Rubén salió de abajo del auto que arreglaba y se dirigió a un extremo del local, descolgó una jaula y la trajo ante ella.

—Este es el arrendajo de Víctor, lo compró siendo pichón en Los Llanos Orientales una vez que fuimos a desvarar un Doble Troque. Esto también le pertenece.

Paulina miró el ave y se tranquilizó un poco. Algo desconcertada escrutó con atención el pájaro. No tenía nada de atractivo. Su color se asemejaba al de la camisa caqui de Víctor. Los ojos saltones muy negros y el pico fuerte y ancho. Fue al guarda ropa y el desorden le produjo vértigo. Iba a cerrar la puerta pero sintió curiosidad y echó un vistazo. Quería llevar algo, un recuerdo de su esposo a casa. Reblujó un poco y no encontró nada que mereciera llamarse un recuerdo. Fatigada por aquel caos de suciedad decidió irse. Tomó una camisa cualquiera, las fotos, los cuadernos y se despidió. Raúl la vio coger la jaula en una mano y apretar bajo el brazo las otras pertenencias de Víctor.

—Doña Paulina, no se preocupe por las deudas que yo sé lidiar con culebras y ahora que Víctor no está será más fácil.
—Gritó como consolándola.

Paulina se marchó del taller. Ni siquiera oyó lo que decía el ex socio de su esposo; buscó un taxi y regresó a casa con el arrendajo.

La primera semana el ave casi no comía y cuando le cam-

biaban el agua, en vez de beber, se bañaba metiendo la cabeza en el agua, luego se acicalaba las plumas del pecho y de las alas. Lucero, la hija de Paulina y de Víctor se ocupaba del ave.

Lo primero que hizo Paulina fue limpiar las dos fotografías. Con un poco de alcohol y una gaza retiró la costra de polvo de la primera, alcanzó a distinguir mientras la limpiaba la huella de los dedos de Víctor. Retirada la película de mugre apareció la imagen de un pájaro. La otra fotografía se estropeó con la limpieza: el alcohol diluyó la tinta y quedó la imagen borrosa indescifrable. Paulina leyó los dos cuadernos pero no encontró nada particular. Sólo un recorte de una revista con una leyenda que decía.

Al crear el Señor a las aves les dio el don de los cantos.

La mayoría de las aves desearon comunicarse sólo con sus iguales y por ello pidieron un único canto.

En compensación, se les concedieron variados plumajes para distinguirse de los demás. Por último, sólo quedaba el arrendajo, que pidió al Señor de las aves que le otorgara el plumaje que quedaba y pidió los cantos que las demás aves habían despreciado. El Señor le otorgó un plumaje color pardo opaco, pero le regaló las voces de todas las aves; por eso, el Arrendajo es el pájaro que puede cantar como todas las aves: el Señor le dio todas sus voces. Inclusive les concedió algo más: imitar perfectamente las voces de los humanos.

Al leer estas palabras se propuso averiguar más sobre los arrendajos; con ayuda de su hija consiguieron en Internet datos y hasta cantos. Pensaron que tenían un tesoro mudo en casa.

Durante una visita de pésame una amiga de Paulina reparó en el pájaro y preguntó qué clase de ave era aquella.

–Es un arrendajo, dicen que cantan mucho y que hablan como los loros pero este como que está enfermo. Lo tenía Víctor en el taller.

–Dele miel de abejas y verá que canta.

Siguiendo las instrucciones, Lucero embadurnó un trozo de mango con miel de abejas y lo metió a la jaula. El arrendajo comió con avidez y se pasó el resto del día limpiándose las plumas.

Pasaron tres semanas y el ave no dijo ni pío.

Como ocurre con frecuencia, la muerte de su esposo fue para su viuda una suerte de liberación. Paulina realizó algunos cambios en su vida: rompió el marrano de barro en que Víctor guardaba las monedas grandes, con lo reunido le alcanzó para reconectar el teléfono y para cortar y teñirse el cabello, también se compró una fragancia nueva para el cuerpo y un vestido blanco de lunares negros.

Al día siguiente de la reconexión entró una llamada. Acto seguido se escuchó la voz ronca de Víctor que decía:

–¡Hola mi amor!

Paulina se paralizó de la emoción y del susto.

–¡Hola mi amor! –volvió a decir desde la jaula del arrendajo la voz de Víctor.

Esa semana Paulina trató de entender, miraba al pájaro y sentía una curiosidad profunda y un pánico que solo disipaba diciéndose: “gracias a Dios él no está ya”.

Una tarde la vecina de al lado anunció una aplazada vista de pésame. Paulina que ya estaba cansada de esos formalismos y de escuchar siempre lo mismo, le dijo que no hacía falta y que muchas gracias, pero la vecina insistió.

Cuando llegó, Paulina le ofreció café y galletas. Doña Clarita aceptó, hablaron del nuevo corte de Paulina y de lo bien

–Es que don Víctor era muy servicial, y muy acomedido.

–Si hija, así era.

–Es que lo bueno no dura.

–...

–Bueno hija ya me voy que tengo que ir a esperar a Carlitos. En ese momento sonó la voz de Víctor desde el patio.

–¡Clarita tráigame a Carlitos! ¡Clarita Tráigame a Carlitos!

La visitante se levantó espantada y huyó entre expresiones de espanto y muecas de terror.

Tras el portazo que dio la vecina se hizo un largo silencio. Luego el arrendajo comenzó a cantar:

–Divina claridad, la de tus ojos...

Entonces Paulina con una determinación homicida se dirigió al patio, abrió la puerta de la jaula. Y Víctor voló.

FÁBULA SOBRE LA GUERRA



La paloma es una canción compuesta en 1.863 a partir de una leyenda.

Su estrofa principal dice algo que parece ingenuo:

“Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona”.

Esta canción tiene su origen en un episodio ocurrido en el 492 a.C., durante la invasión de Darío I a Grecia. Dice la leyenda que: “La tropa persa bajo el mando de Mardonio quedó atrapada en una tormenta al pie del Monte Athos y fue destruida. Los griegos observaron unas palomas escapar de las naves persas que se hundían”.

Aquella visión produjo desconcierto y logró inquietar al ejército vencedor. Los griegos se preguntaban por qué durante el lento naufragio desde las naves vencidas salían volando palomas. ¿Qué significaba aquello? Acaso ¿eran pañuelos blancos de socorro? No, los persas no son así argumentó un sabio guerrero. ¿O quizás un mensaje de los dioses de la guerra festejando la victoria? Tal vez; o ¿era una visión premonitória? Entonces contraviniendo la orden inicial, decidieron capturar a uno de los persas. El hombre rescatado del mar

fue subido a la cubierta enemiga. Allí explicó que la razón estaba muy lejos, en tierra firme y que las palomas blancas eran parte del equipo de los guerreros persas. Contó que esas palomas eran de las que se entrenan para volver. Eran palomas mensajeras.

Entonces los griegos creyeron que por medio de aquellas aves los persas informaban a los ejércitos de tierra sobre lo sucedido en los peñascos del acantilado del Monte Athos.

El capturado que aún tenía amarrada a su costado una pequeña jaula vacía, contó a los incrédulos soldados enemigos, que cada uno de los soldados persas, al partir de sus casas hacia la guerra, además de sus armas y de lo necesario para las campañas militares, llevaba una jaula pequeña con una paloma blanca. Contó que las aves eran liberadas únicamente en caso de derrota o de muerte inminente.

“¿Para qué son las palomas?”, preguntó confundido e imperioso el capitán griego.

“Es un mensaje señor, cuando a la ventana de mi casa llegue la paloma que liberé de esta jaula, mi esposa sabrá que no debe esperarme, es la manera que tenemos de anunciarles que son libres, que no nos esperen, que pueden seguir adelante y buscar otro hombre a quién entregar, cuando vaya a la guerra, la paloma”.

“¿Qué hacemos con el prisionero?” preguntó un guerrero.

Y Mardonio respondió “Detengan a este hombre durante un año, luego libérenlo para que regrese a su hogar”.

EL VALOR DEL AROMA



Lo que vamos a saber hoy ocurrió hace muchísimos años, en el 1.223, en una ciudad en donde existió el mayor tesoro de la antigüedad: la Biblioteca de Alejandría. Allí en el barrio de los Sarracenos vendían manjares exquisitos.

Un día lunes, un panadero Sarraceno, que tenía por nombre Fabra, se hallaba en su panadería, cuando llegó un muchacho mendigo que no tenía para comprar un pan. El mendigo esperó en la puerta a que sacaran los panes del horno y cuando los pusieron en las canastas para venderlos, se acercó al pan y con profunda concentración, comenzó a olfatear el aroma de los panes recién horneados.

El señor Fabra observó al muchacho que cerraba los ojos y en una actitud casi mística aspiraba con gran deleite el aroma de sus panes, por un momento se sintió alagado por el placer que proporcionaba su pan, y casi sonríe. Pero le pareció que el mendigo estorbaba la venta de los panes. Y su avaricia venció a su vanidad.

–Págame lo que has tomado de mis panes. –Dijo Fabra al mendigo.

El mendigo se quedó mirando desconcertado al panadero, y con dignidad respondió

–No he tomado de tu pan otra cosa que el aroma.

–Pero lo has tomado y lo que has oído es mío, y por ello debes pagarme.

–No pagaré algo que está en el aire, eres tan mezquino que un día cobrarás por el aire que respiramos al pasar por tu calle.

–Debes saber mendigo miserable que el aroma de los panes con que te deleitas es el resultado de mi trabajo y del buen trigo que siembro, y de la mantequilla que produce la leche de mis cabras, y de las especias que compro, y de la masa que amasan mis panaderas, ah, y del horno que los hornea.

–Yo, señor, no pagaré, pues no tomo nada, solo los aromas. Como no tengo para un pan, me consuela el aroma de sus panes cuando salen del horno. Y repito: no pagaré nada por algo inexistente.

–¡Claro que existe! Es el aroma de mis panes.

El mendigo hizo un ademán de silencio, volvió a la cesta y aspiró con placer, metiendo sus narices en la canasta de los panes.

Luego dijo:

–Allí están todos sus panes. Y quiero que sepa que su olor agradable no logra alimentarme ni mitiga el hambre que tengo.

–¡Cada que los huelas deberás pagarme! –gritó el Señor Fabra.

–No pagaré nada por algo que no puede tocarse.

Tanta fue la disputa, y los alegatos entre el panadero y el mendigo que el Señor Fabra llamó a la autoridad máxima de las leyes de Alejandría.

Después de muchas querellas la disputa llamó la atención de los pobladores y se instaló el juicio. Y comenzaron los alegatos de las partes.

Al juicio lo llamaron: “Disputa sobre el valor del aroma de los panes”.

Todos los que intervendrían en el juicio se instalaron en la plaza de la ciudad y ante el pueblo reunido por la curiosidad, comenzó el alegato:

La parte que representaba al Panadero Fabra dijo:

–El aroma está unido al manjar y de él depende, y se genera de sus propiedades, y este hombre está para vender su pan, y quien toma algo de él debe pagar, pues el aroma es parte del pan pues de él proviene y sin pan no hay aroma.

La defensa del mendigo argumentó:

–El aroma no es del panadero pues no se puede retener, ni pesar ni medir, se convierte en olor evanescente como el perfume de las damas, si seguimos los caprichos del panadero terminaremos pagando por los aromas que producen las cocinas y por el perfume de las flores; mi opinión es que el aroma del pan carece de sustancia y de propiedad útil; y por ello no debe pagarse.

Hubo muchos pareceres y opiniones; finalmente al jurado de aquel juicio fue llamado a votar. La mitad votó a favor del mendigo y mitad en favor del panadero.

Ante este empate los jueces llamaron al sabio de Alejandría:

El hombre era lento y silencioso; escuchó a las partes, no hizo ninguna pregunta, se arrimó a la canasta de los panes, aspiró con placer el aroma y tomó asiento.

Luego llamó al mendigo y le dijo algo al oído.

Después dio su veredicto en tono pausado y sereno.

–Queridos señores, he escuchado con atención esta ardua disputa. Y he aquí lo que considero justo y equitativo. Sí, es verdad que nuestro panadero hace el pan que todos disfrutamos y que de lo que en este juicio se trata es de saber si el mendigo del barrio de los Sarracenos debe pagar por lo que toma. He meditado con cuidado el asunto y considero

que sí debe pagar. Y pagará ahora mismo por todo el aroma de los panes del buen Fabra. Puesto que éste está para vender su pan y el señor mendigo toma de él lo intangible, es decir: su aroma; ordeno pues al mendigo que saqué aquí y ahora su bolsa de monedas.

El mendigo aterrado trató de esconderla. El Señor Fabrá gritó:

–Si ve señoría, él tiene con qué pagarme.

–¡Silencio! –dijo el juez.

El mendigo llevó ante el sabio su bolsa de monedas.

Y este ordenó a viva voz:

–Ve y acerca la bolsa al Señor Fabra.

El mendigo con el rostro entristecido llegó hasta el panadero.

El sabio le dijo:

–Ponla bien cerca del oído del creador de los aromas que aspiras.

El mendigo obedeció

–Ahora hazla sonar:

y que la música, de tus monedas que tanto gusta al Señor Fabra, pague el aroma que tomas de sus panes.

Durante la infancia, en el aprendizaje de la lengua materna, estamos como nunca en relación con el lenguaje literario. Es en esos primeros días de nuestra vida cuando descubrimos el poder de las palabras, comprobamos que basta con nombrar algo para que ese algo sea.

Experimentamos que el lenguaje es música y jugamos con él, y con la música que produce. Nos apasionamos por esa maravilla que parece fundar el mundo a medida que sale de nuestros labios. Decir agua es crear el agua. Decir pájaro es crear el vuelo. Decir noche es convocar los miedos. Decir luz es disipar las sombras. Escuchamos palabras nuevas y las recibimos como juguetes extraordinarios.

